

# NIPPUR

DE LAGASH

HISTORIA PARA LAGASH

ROBIN WOOD  
LUCHO OLIVERA



50  
ANIVERSARIO

**Vol 1**

**HISTORIA PARA LAGASH**

**NOFRETAMÓN**

**LAS LANZAS Y LA ARENA**

**MINOTAURO**

**EL MIRLO VOLÓ PRIMERO**

# HISTORIA PARA LAGASH

Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Las planicies de Elam, las tierras altas, eran mala tierra, pedregosa y estéril. El sol se derramaba sobre nosotros, pesado y calcinante y hasta mí llegaba el olor a sudor, a cuero húmedo y a metal recalentado que emanaba de mis soldados. Avanzaban, torpes y pesados, gruñendo maldiciones, con la arena entre los dientes y los ojos rojos e hinchados, bajo los cascos de cuero.



Me sentía enfermo de sol y desierto, enfermo de los barquinazos de mi carro de batalla, del olor de grasa ardiente que su bía de los ejes y del polvo acre y asfixiante que nos envolvía sin cesar. Deseaba tan sólo, volver a Lagash, sentarme en un fresco pórtico y beber a la salud de Ninkarsag, la diosa-madre, para que diera frescura a mis días y trigo a mis graneros.

¡Oh, madre-Ninkarsag, líbrame del calor y del sudor! ¡Oh Samás, aparta tus rayos de mí!

Quince días y quince noches habíamos peregrinado por las mesetas y las escabrosidades de Elam, a la caza de un hombre. Lo habíamos buscado en las Tierras del Límite, en los montes escarpados donde viven los deformes comedores de hierbas y pájaros, que se llenan el cabello con cenizas. Y ahora buscábamos a los hombres brutales de Elam que viven en cavernas y guardan su fuego en odres de barro para que no se apague.



La culpa la tuvo aquel pastor, estúpido de soledad y desierto que trajo la noticia a nuestro rey, Urukagina de Lagash.



-¡Yo lo he visto, hijo de Samás! ¡Yo lo he visto!  
¡Es alto como un carro de batalla y puedes colocar un escudo de los grandes sobre sus espaldas sin cubrirlas!

¡Carro de batalla! ¡Escudo de los grandes!  
¡Sucio arreador de cabras! ¡Si te tuviera aquí, te haría caminar sobre el filo de las espadas!



Varias veces conseguimos echar mano a alguno de los estúpidos comedores de carne cruda de las cavernas de Elam. Pero no conseguimos sacarles ningún informe. A veces chillaban bajo el hierro, pero luego enclavaban los dientes y morían sin decir una sola palabra.



¡Habla, comedor de gusanos! ¿Has visto al hombre gigante? ¡Habla...!

Era inútil y nuestro aburrido rey Urukagina, quería al gigante para entretener su pereza y yo tenía que hallarlo.

¡Aquí, eh Nippur, mira! ¡El hombre gigante pasó por aquí! Estas huellas...



Efectivamente. El hombre debió pasar en la madrugada, mientras la tierra estaba aún húmeda por el rocío y sus huellas quedaron marcadas claramente. Huellas enormes pero bien formadas. Mientras las estudiaba me sorprendió la voz a mis espaldas.

Si buscas al gigante rubio, yo puedo ayudarte, guerrero de Lagash.



Estaba sentado sobre unas enormes rocas y me contemplaba con la burlona insolencia del bárbaro.





¿Quién eres tú, jorobado?



Mi nombre es Shetho-el-que-es-maltrecho. He sido expulsado de las cuevas pues no sirvo ni para cazar ni para combatir. Si te digo donde hallar al gigante, ¿me darás de comer?



Dime dónde está el gigante y te llevaré a Lagash y te daré al rey. Si eres pícaro y oculto, tendrás siempre comida en sus cocinas y lecho en sus corredores.



¡Oh, generoso señor! ¡Samás te guarde y te bendiga y que tu vientre sea colmado de...!

No te apesadumbras por mi vientre y llévame junto al gigante.



Marchamos dos días seguidos, guiados por Shetho, hasta llegar a orillas del Mar sin Peces; allí me señalé las cuevas en las laderas de los montes que hacen sombra sobre el país de Ur-Tem.

Allí vive el gigante. Con la tribu de Ein-Rur, con mi tribu. Al oscurecer los hallarás a todos reunidos en la gran caverna, aquella delante de la cual está la roca blanca.



No eché en sorde-  
ra los consejos del  
giboso. Aguardé  
hasta el anoche-  
cer antes de tre-  
par con mis hom-  
bres que tras tan-  
tos días de mar-  
cha, estaban an-  
helantes de grito  
y batalla.



La caverna era  
enorme y abovedada y con largas  
estalactitas col-  
gantes que seme-  
jaban espadas de  
cristal. Sobre el  
piso de roca, tierra y suciedad, se  
amontonaban los  
comedores de carne cruda de Elam.



Uno de ellos nos vio. Vi criatura, más  
bestia que hombre, lanzó el grito de alarma.

¡Cuidado! ¡Los cazadores  
de hombres de Lagash!



Nos abrimos en semi-  
círculo en la boca de la  
caverna, con las espadas y las hachas empuñadas. Me hu millaba en-  
frentarme con esos mise-  
rables brutos que torpe-  
mente empuñaban garro-  
tes y piedras, tropezan-  
do unos con otros. Al  
fondo las mujeres se  
arracimaban au llorando  
como lobas y su jetando  
sus sucios críos. ¡Al-  
to! No quiero lucha,  
hombres de Ein-Rur.  
¡No busco esclavos ni  
mujeres!



Aquellos que me entendieron, consiguieron acallar a los  
que chillaban. Un pesado silencio se enseñoreó en la caverna,  
roto solamente por el llorar de una criatura y por el gru-  
ñir de los perros, un anciano, puro piel, huesos y majade-  
ría se adelantó.

Si no buscas lucha,  
ni esclavos, ni mu-  
jeres... ¿Qué buscas,  
hombre de Lagash?  
¿A qué has venido?



Busco al hombre alto como un carro de guerra, al de las huellas enormes...



La voz era clara y tranquila, pero daba la impresión de salir de un foso profundo.

¿Me buscas a mí, hombre de Lagash?



No había mentido el pastor. Era gigantesco y sus espaldas más grandes que un escudo de los grandes.

Tú eres el gigante de Elam. Mucho hemos oído de ti. Hasta el rey llegó el rumor de tu fama y él me ordenó que te llevara a su presencia.

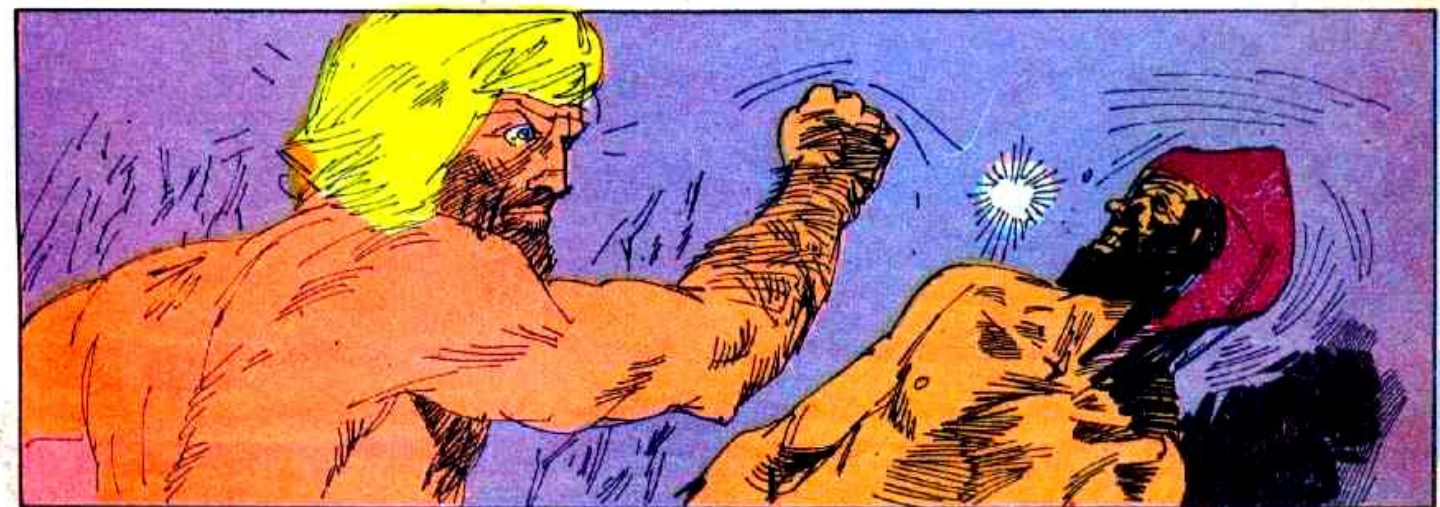


Pareció meditar un momento y luego negó.

No, guerrero. No me llevarás. En tu ciudad yo sería un esclavo o un pasatiempo de tu rey. No iré.



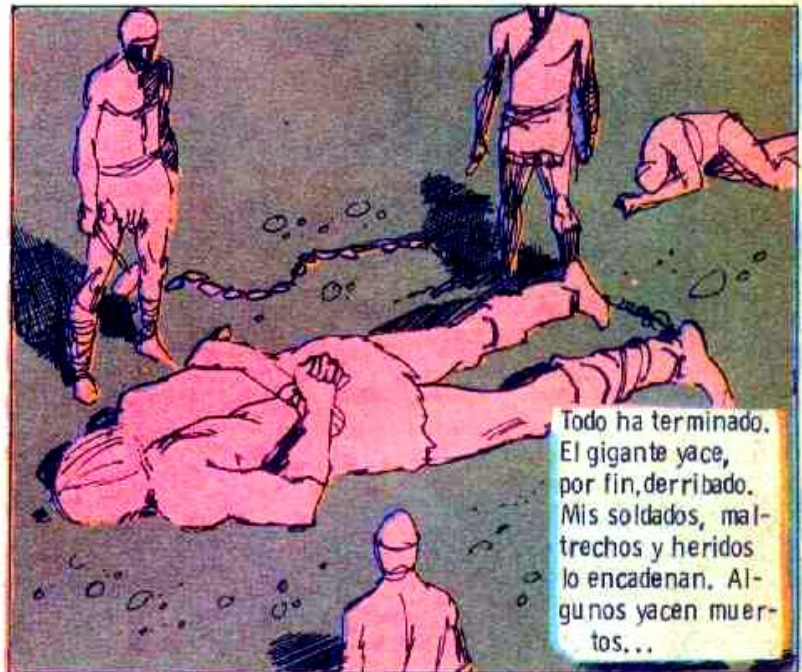
Hablaba con brillantez y parecía sabio. No se parecía a los bestiales hombres de Elam.





Una red cae sobre él y lo envuelve, luego otra, y otra. Mis hombres lo golpean con sus mazas. Pero él los derriba con terribles golpes que parecen hachazos.

Parecía que nunca podríamos derribarlo.



Todo ha terminado. El gigante yace, por fin, derribado. Mis soldados, maltrechos y heridos lo encadenan. Algunos yacen muertos...

Los hombres brutales de Ein-Rur, amontonados contra la pared, nos contemplan con los rostros oscuros de cólera, muchos de ellos parecen hasta llorar. El gigante debió ser muy querido. Un hombre así es peligroso.



Con placer abandono los arenales de Elam y entro en los fértiles prados de Lagash. Encadenado a mi carro, el gigante no da señales de fatiga mientras mis hombres se tambalean.



¿Cuál es tu nombre?

Me llaman Ur-El-el-de-gran fuerza.

¿Cuál es tu pueblo?



Tú me sacaste de ellos.



No. Tú no perteneces a las cavernas. Eres rubio y de ojos claros como los hombres que llegan a veces en los barcos por el Mar sin Peces...



Quizá tengas razón, quizá no. Los hombres de Elam me hallaron en la arena, cuidado por una perra amaestrada muy feroz. Tu vieron que matarla para llegar hasta mí.



Era entrada la mañana cuando llegamos a Lagash, la blanca. Inmediatamente llevé al prisionero a palacio. Su enorme estatura llamaba la atención de todos.



Urukagina estaba más viejo y más gordo y quizá más tonto. Ahora preparaba leyes para proteger los sembradíos de los jinetes. A su lado estaba su consejero y gran sacerdote, Su mur, esquelético y maligno como una víbora.

¿De manera que éste es el gigante de Elam? Adelántate, bárbaro.



Me fastidió que ese mono flaco, sacerdote o no, hablara así a un hombre mil veces mejor que él.

El prisionero no es tuyo, Su mur, sino del rey...

¿Cómo te atreves...?



¡Basta, Sumur! ¿Cómo se llama tu prisionero, Nippur?

Su nombre es Ur-El y viene de las cavernas de Ein-Rur en el país de Elam.



¿Fue difícil de capturar?

Lucha como veinte hombres y tiene la fuerza de un carro de combate.



No me gustó el cambio de miradas entre el rey y Sumur. Pero no pude pensar mucho en ello.

Está bien, Sumur. Encárgate de que el prisionero quede debidamente alojado en la boza segura, y tú, Nippur, ven conmigo.



Acércate, Nippur. Cosas muy graves han sucedido en tu ausencia. Nuestro vecino, el rey Lugal-Zagizi, está convirtiendo nuestra frontera en un cerco de lanzas. Hay disturbios y muertos.

¿Quieres que arroje a los coyotes de Lugal-Zagizi de nuevo a su país?

No. No quiero que corra la sangre. Envié hace una semana a Sumur para negociar con él.



¿Negociar? ¿Negociar con ese asaltante de pastores? Gran rey, dame un mes y cincuenta carros y barreré a esa chusma hasta el Mar sin Peces.



Eres demasiado togo y demasiado joven, Nippur. No se debe arrojar a Lagash a la guerra. Debemos edificar sobre la paz.



Te darán la paz las espadas que aplasten a tus enemigos, no las tabletas de arcilla de Sumur. Lugal-Zagizi dará largas al tratado y cuando llegue el momento de actuar usará las tabletas firmadas para adornar sus caballos de guerra.







¡Ese puerco sacerdote! ¡Ese mono de cabeza atreitada! Esta celda es solamente para los criminales condenados. ¡Ven conmigo, Ur-El!



¡Convencí al rey para que alojara al gigante en el torreón de Saram, con abundante guardia y bajo mi responsabilidad. Su mur intentó oponerse.

Es mejor que muerdas tu lengua, gusano de templo, o te arrojaré al desagadero donde está tu verdadero lugar.



La torre era un lugar hermoso y soleado desde el cual se divisaban los fértiles alrededores de Lagash. Su mur la había convertido en su retiro favorito. Tomé sus cosas personales y las arrojé por la ventana.



No comprendo porqué te has tomado tantas molestias por mí.

Eres un buen combatiente, Ur-El y tu lugar no está en una celda.



Tampoco está en esta torre. Dime, ¿qué piensa hacer conmigo tu rey?

Supongo que hacerte luchar con algún representante de otra ciudad. A veces hay apuestas enormes.



Mi vida fue quieta y pacífica en esos días.

Sí, Luggal-Zagizi ha aceptado mis proposiciones de paz y ha firmado las tabletas del tratado.



Me miró un momento y agregó:

Vendrá a visitarme con su corte dentro de dos meses. Traerá presentes, una de sus hijas para desposarse conmigo y un grupo de luchadores para animar las festividades.



Sí. Mi amigo Ur-El debía ser adiestrado para luchar. No había yo descubierto mi amistad por el hombre de Elam hasta que supe que debía convertirlo en carne de degüello.



Lo alzó como un puñado de paja, mientras mis soldados lo rodeaban entre risas y silbos. Su mur era muy poco querido.

¡Tíralo lejos, hombre de Elam!

¡Mételo en el pozo!

Sus manos de bronce afe-  
rraban a Sumur, quien  
se retorció chillando como  
una rata atrapada.

No... Suéltame o...

El desagadero es un mal lugar para un sacerdote y Ur-El lo debió entender así.

¡No!

Desde ese día nos apreciamos más aún. Ur-El podía ahora vagar libremente y se lo consideraba como un miembro más de mi guardia.

Pero el día llegó y Luggal-Zagizi entró en Lagash con su escolta y sus guardias barbudos y siniestros.

¡Salud, oh Urukagina, hermano y padre y salud a ti, Sumur, portador de la paz!



Apeataba a falso y a cruel. Trajo regalos y luchadores del país de los grandes ríos. Lo vi muchas veces apartarse para hablar con Sumur y esto me desagradó, pues cuando el chacal y la hiena se reúnen es que buscan carroña.

En la noche del banquete, el chacal hizo gala de su pésima educación, de su glotonería y de su afición al vino y a las fanfarronadas.



Tengo cinco luchadores como no hay mejores en todo Lagash, Urukagina, hermano, consigue cinco luchadores tuyos y veremos un gran espectáculo para el día de Ninkarsag.

No pude contenerme ante su soberbia, su gordura y sus perfumes hedientes.



¡No hacen falta cinco, gran rey, sólo hacen falta dos!

Ur-El escuchó mi relato y sacudió la cabeza sonriendo.

Eres tan soberbio, Nippur, que me diviertes. No importa, amigo nosotros daremos cuenta de ese grupo de comedores de pescado.



En la noche anterior a la festividad de Ninkarsag, dos caravanas de mercaderes pidieron permiso para acampar en Lagash, pues querían hacer descansar sus bueyes.



Muy bien, acampad, pero que los portadores no molesten a las mujeres de la ciudad.





En el día de la Diosa-Ninkarsag, toda la ciudad enloquecía. Ur-El contempló al pueblo que bailaba por las calles y rezongó.



¿La Diosa-Madre se sentirá más feliz con este escándalo?

Ustedes tienen demasiadas costumbres. Parecen bueyes de arada. Y dime, Nippur, los viajeros...



¿Viajeros?

Sí. Los hombres de las caravanas. ¿No pueden tomar parte en los festejos? Pues desde aquí los veo muy graves y tranquilos.

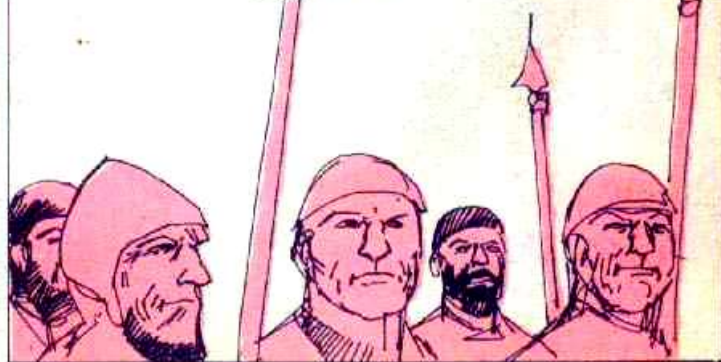
Efectivamente, pese a andar mezclados con la multitud, los viajeros, fácilmente reconocibles por sus mantos rayados no se sumaban a la algarazara general.



No sé qué les ocurrirá. Habrán tenido alguna gran desgracia en su país o serán gentes sin alegría. Pero es mejor que los olvides y vayamos a prepararnos. En corto tiempo deberemos estar en la plaza.



La plaza rugía de público. La guardia de Lagash la había rodeado cruzando sus escudos y sus lanzas para evitar que fuera desbordada. Pude ver a muchos viajeros en las primeras filas detrás de ellos.



En el palco del rey, estaba Urukagina y a su lado, el grueso y seboso Luggal-Zagizi hablando con Su mur. Este último parecía muy nervioso.



El sol era ardiente en el centro de la plaza y nuestras sombras se alargaban en la arena.

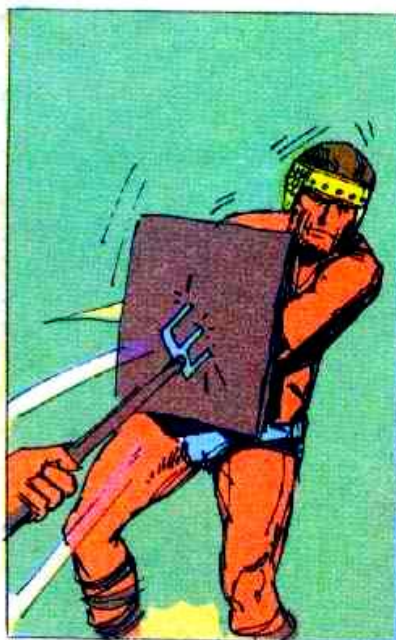


Los luchadores de Luggal-Zagizi habían entrado en la plaza con paso lento y felino, hombres altos con los rostros pintados con rayas de colores vivos. Empuñaban redes, lanzas de tres puntas y mazas de piedra.

Saludé a Urukagina y Ur-El me imitó pero los comedores de pescado, esperaron que termináramos sin hacer un solo gesto hacia su rey. De pronto uno de ellos lanzó un penetrante alarido y corrió hacia nosotros.

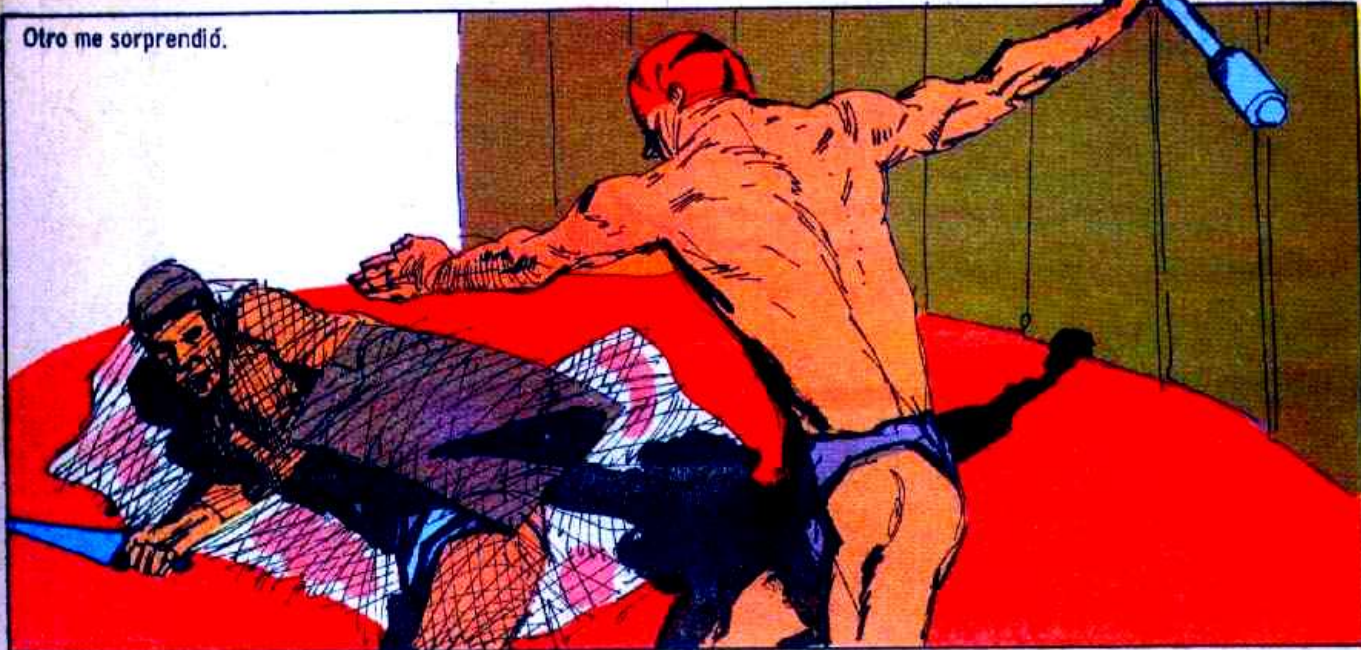


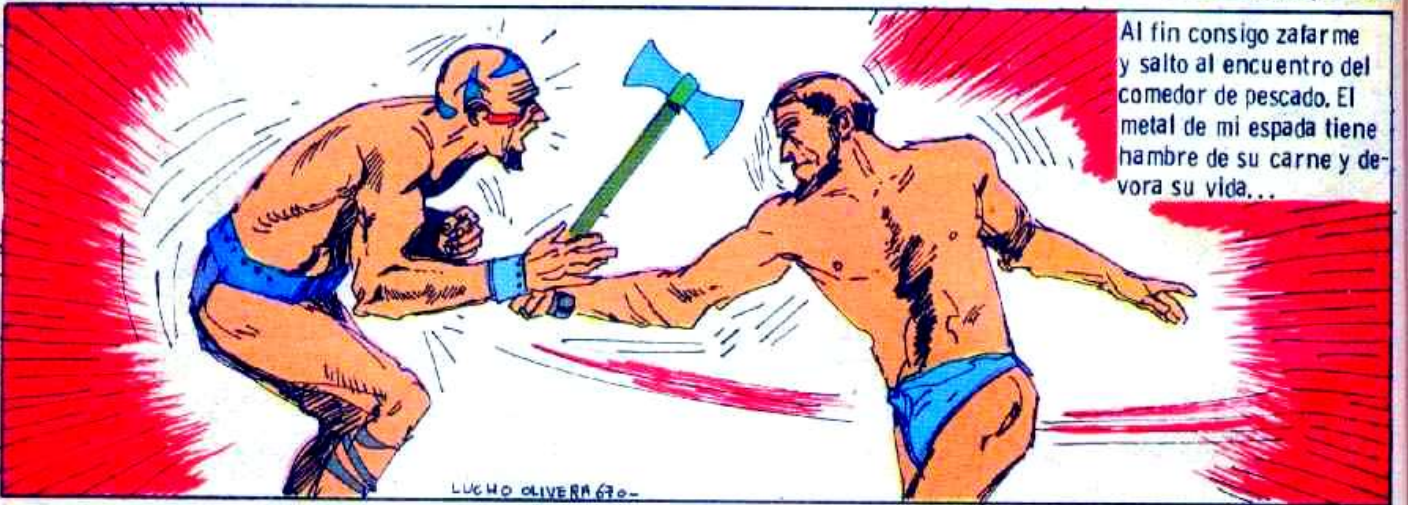
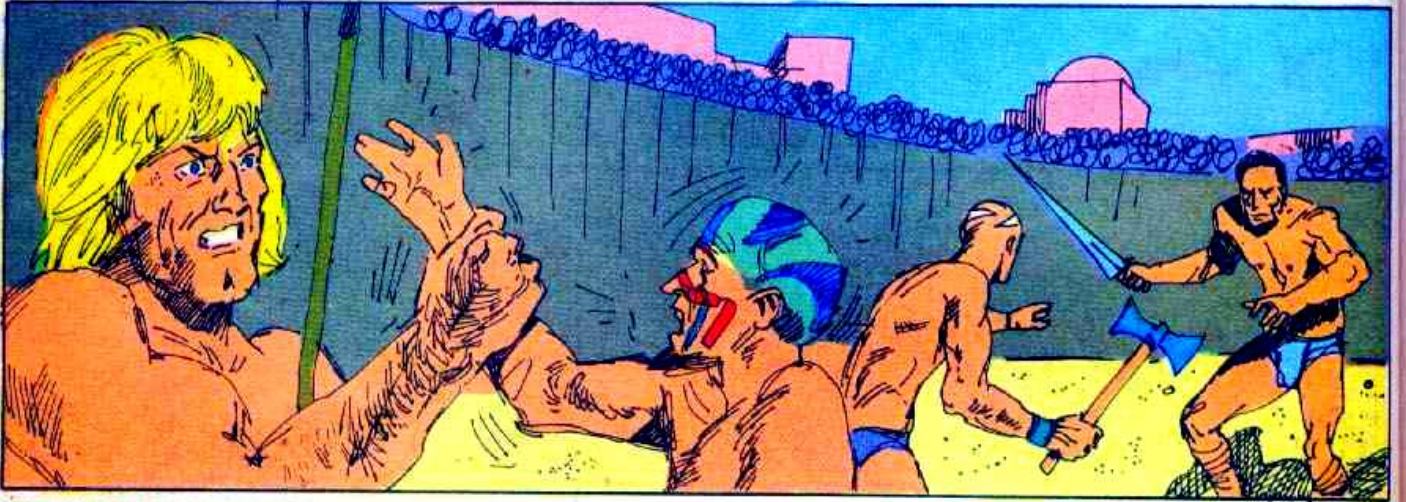
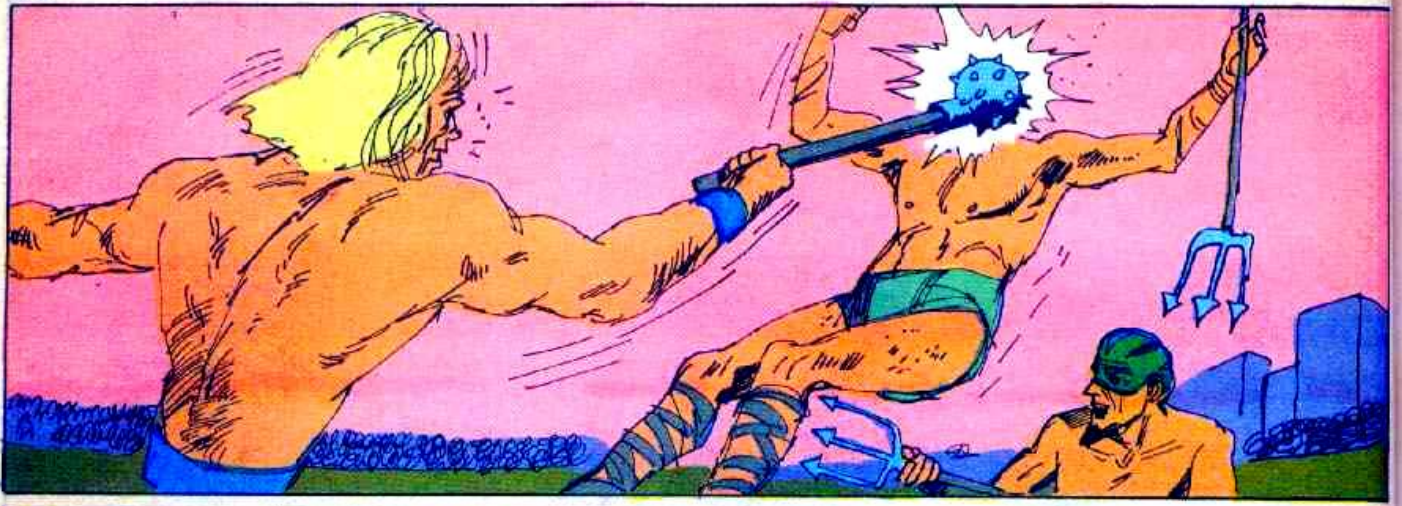
¡YYYYAAAAAHHHHHHHAAAAA!



Pero no se mata con gritos a un adversario...

Otro me sorprendió.





Al fin consigo zafarme y salto al encuentro del comedor de pescado. El metal de mi espada tiene hambre de su carne y devora su vida...

LUCHO OLIVERA 67o-

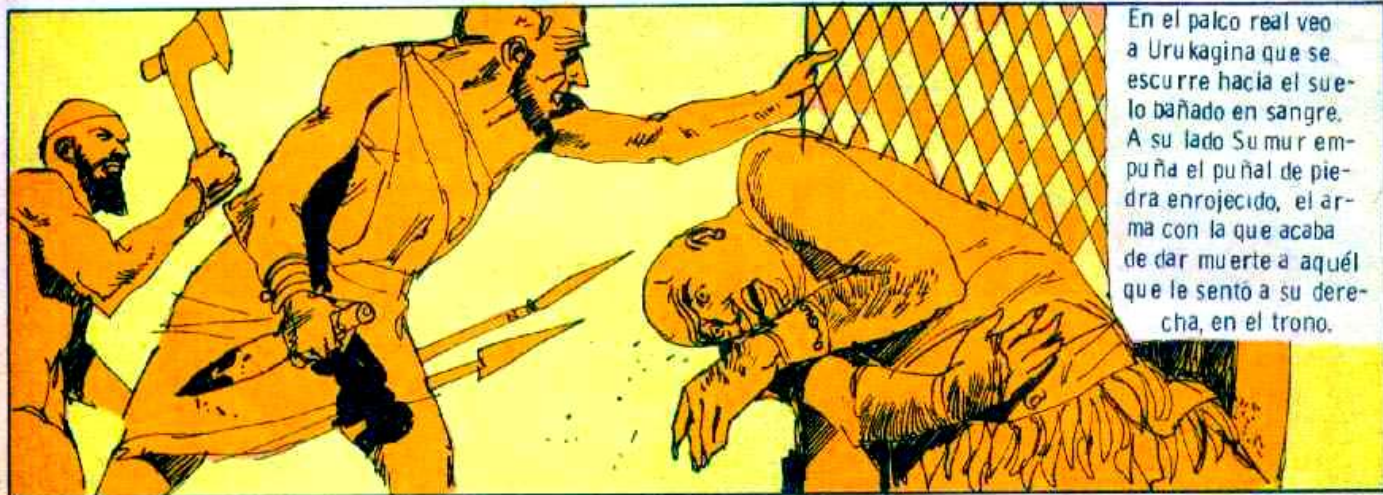
Allí esta a mis pies, largo, sucio y muerto, el luchador de Luggal-Zagizi, Luggal-Zagizi... Luggal-Zagizi... De pronto oigo los gritos terribles, los alaridos...



A mi alrededor hay muerte. Los viajeros han arrojado las túnicas al suelo y ahora exhiben sus armaduras. Los guardias de Lagash, heridos por la espalda, agonizan ensangrentados.



En el palco real veo a Urukagina que se escurre hacia el suelo bañado en sangre. A su lado Sumur empuña el puñal de piedra enrojecido, el arma con la que acaba de dar muerte a aquél que le sentó a su derecha, en el trono.



Otro estruendo terrible me ensordece. Guerreros fornidos, sucios y barbudos aplastan a mis guardias desprevenidos.



Cálculo lo exacto. Todo. Hasta la lucha. Aprovechando el entusiasmo que distrajo a todos, los infantes se aproximaron a la ciudad mientras mercenarios de Luggal-Zagizi, disfrazados de viajeros acababan de un solo golpe con la mitad de la guarnición.



¡Perros!

Y allí el gran traidor, riendo como una hiena en el palco, sucio de sangre y de miedo. Tratados. Arquitecto de la paz.



¡Sumur! ¡Allá voy!

Corro como un hombre enloquecido hacia el palco. En la mano tengo el tridente de uno de los comedores de pescado. Su mu r... Su mu r...



A veinte pasos me detengo y echo el brazo atrás. El deseo de matar me hace doler las manos. Su mu r... Su mu r.



Su mu r me ve y el terror le llena los ojos.



Los soldados de Luggal-Zagizi me rodean haciendo molinetes con sus espadas.

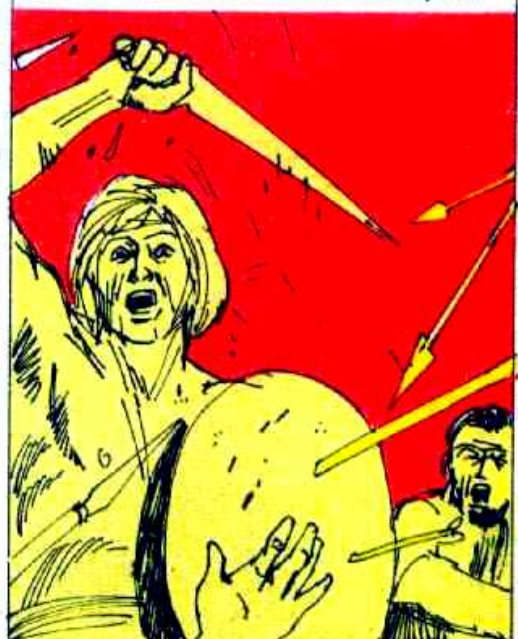
¡Cuidado con él! ¡Es Nippur, el matador de leones!



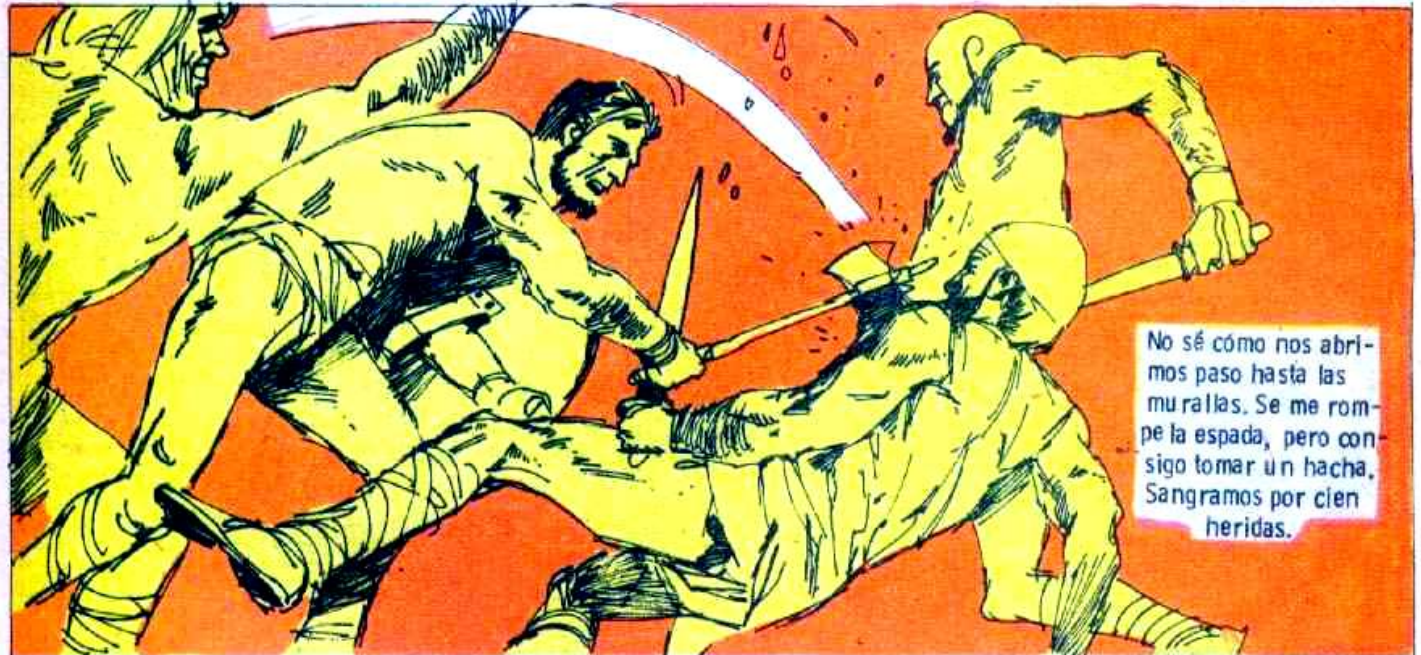
Toma, amigo. Enseñemos a los asesinos de niños y mujeres cómo hay que matar hombres.



Los atacamos como los lobos a las ovejas...



Izquierda, derecha... arriba, abajo... filo...  
punta... escudo... sangre...



No sé cómo nos abrimos paso hasta las murallas. Se me rompió la espada, pero conigo tomar un hacha. Sangramos por cien heridas.

Todo es inútil. Son mil contra dos. De pronto oigo una voz.



¡Nippur, hombre de Lagash!  
¡Aquí!

En la muralla se abre la pesada puerta del desaguadero y en el vano veo la encorvada silueta de Shetho, el jorobado de Ein-Rur.



Corremos desesperados seguidos por piedras y jabalinas. Al entrar nosotros, Shetho cierra la puerta. Es gruesa y pesada. Tardarán en derribarla.



No sé cuánto tardamos en recorrer el hediondo canal; detrás mío, Ur-EI gruñe.

Su mur también me arrojó a mí al desaguadero.

Salimos al sol. Pero yo siento en mí la oscuridad y el frío. Del otro lado de las murallas se oye el aullar de los heridos y el crepitar de los incendios.



Huímos del estruendo. Encontramos un carro de los enemigos custodiado por dos soldados. Vigiamos seguramente. Los matamos y nos apoderamos de él.



Galopamos durante todo el día y durante toda la noche y durante todo el día. Llegamos a las cavernas de Eim-Rur. Los hombres brutales reciben a Ur-El con júbilo y no me molestan a mí y tampoco a Shetho:

La noche es fría y hermosa en el desierto. Las estrellas centellean como yelmos de batalla en el cielo. Yo miro las ondas de arena y de luna que mueren a la distancia.



¿Que harás ahora, Nippur?

¿Que haré? No tengo rey, ni ciudad, ni techo, ni fuego. Soy nadie de ningún lugar. Me iré a recorrer el país de los grandes ríos y quizá, las tierras del papiro, hasta sanarme el dolor. Después volveré.



Y cuando vuelva... ¡Ay de ti, Luggal-Zagzi!  
¡Todo el orbe te será pequeño como escondrijo!  
¡Ay de ti, traidor!



El miró a la distancia y su rostro poderoso pareció sonreírle a la luna fría y lejana...



Será un viaje largo. Veremos muchas cosas extrañas.

¿Vienes conmigo, hombre de Elam?

Encontrarás muchos peligros y buenos vinos en el camino. Yo te acompañaré para apartar los peligros con tu espada y con mi lanza y beberemos los mejores vinos en memoria de tu hermosa Lagash...



Gracias, hombre de Elam.

Paz para tí, hermano.  
Compartamos el dolor.



El desierto es de plata y de sal. Las estrellas forman joyeles y carros de batalla en el cielo y nosotros las contemplamos en silencio.



FIN

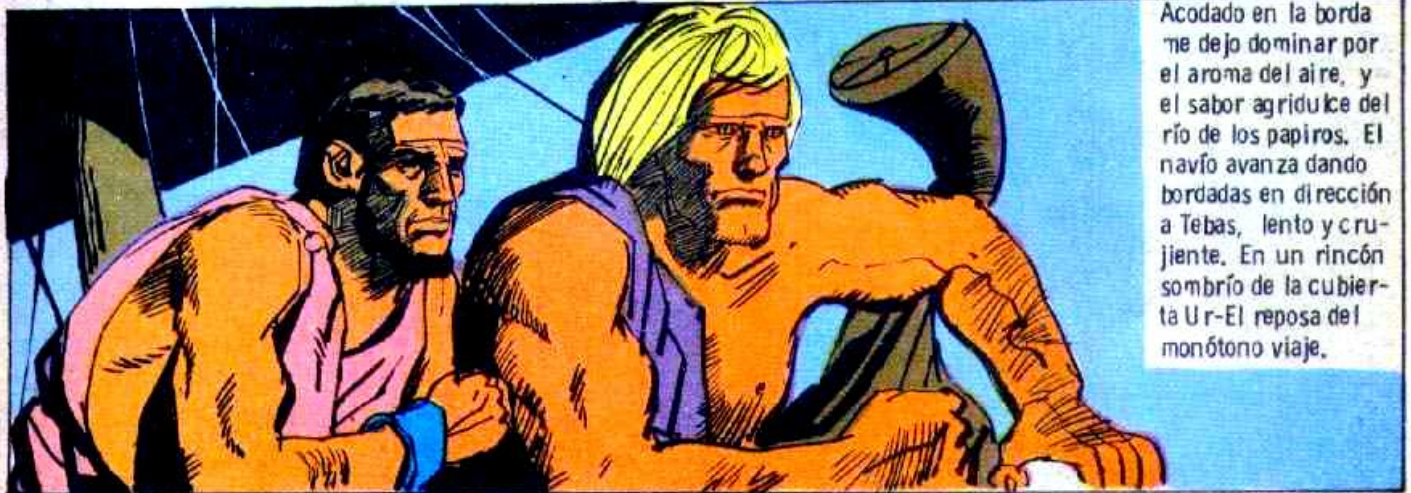
# NOFRETAMON

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA



El Nilo, el sabio río que corta las tierras negras, se alarga millas y millas, bajo el sol, enorme lagarto de fuego que nos amodorra con su calor.



Acodado en la borda me dejo dominar por el aroma del aire, y el sabor agri dulce del río de los papiros. El navío avanza dando bordadas en dirección a Tebas, lento y crujiente. En un rincón sombrío de la cubierta Ur-El reposa del monótono viaje.



Muchos soles se habían puesto desde que comenzáramos el largo viaje a Tebas, dejando atrás los áridos desiertos del país de Khatti hasta llegar al río viejo, donde embarcáramos gastando nuestro último trozo de cobre.



¿Qué? ¿Te agrada mi país, hombre del Norte?

El capitán del barco es amable y charlatán y me ha sido muy útil para informarme de cuanto me interesaba.



¿Cuándo llegaremos a Tebas?

Mañana en la mañana, si Amón lo permite y si mi vieja tinaja resiste.



El Nilo es hermoso bajo las estrellas egipcias. Desde los cañaverales se oye el croar de las ranas y el ladrido de las hienas.

¿Qué haremos en Tebas, Nippur?

Iremos a visitar a mi amigo Kristaton que es cortesano influyente junto al faraón.



Tal vez nos convendría ingresar en el ejército, pese a que aseguran que el soldado egipcio es torpe y tropieza con sus armas.

¡Bah! Cuentos de los hicsos.



En la mañana siguiente, el navío arriba a Tebas y desde el primer momento me siento apabullado por el estrépito, el hedor y el lujo de la gran ciudad.



Atravesamos las calles a empujones, rechazando de mala manera a los vendedores que nos ofrecen baratijas, vinos, especias, esclavas...



La casa de Kristaton es enorme y blanca, y sus esclavos nos hacen esperar en los jardines. De alguna parte llega el rumor de una fuente y risa de mujeres.



¡Nippur! ¡Amigo mío! ¡Alabado sea Amón que te trae junto a mí! ¡No quise creer a mi esclavo cuando me trajo la noticia!



Me siento abrumado ante su desbordante alegría. Habla y ríe feliz, desentierro anécdotas de nuestras cacerías de leones en los desiertos de Ein-Rur. Comemos con él una excelente oca asada y bebemos vino de las bodegas del faraón.

... dos veces lanceé a la mala bestia y ambas lanzas se rompieron...

Intento explicar luego a Kristaton que nos hallamos sin dinero y buscando ocupación. Se muestra furioso y levanta los puños al cielo rugiendo.



¡Sin dinero! ¡Sin ocupación! ¿Y tú, mi amigo, eres capaz de decir eso? ¡Esta casa y todo lo mío es tuyo, estúpido sumerio!

No deseo abusar de...

¡Una palabra más y te haré alear por mis caballeros! Una vez me sacaste de entre las garras del león cojo y otra de entre las lanzas de madera de los salvajes de la montaña. ¿Y me hablas como si fueras un mendicante?



Por fin, Kristaton se calma, mientras Ur-El ríe a carcajadas, un poco por el vino y otro poco por la cólera de mi amigo.

De todas maneras, cuando vaya a ver al faraón me acompañarás y veré que ese viejo tonto se ocupe de ti y de ese rinoceronte que se burla de mí.



Luego su rostro se pone serio. Largas arrugas quiebran su frente como un viejo pergamino.

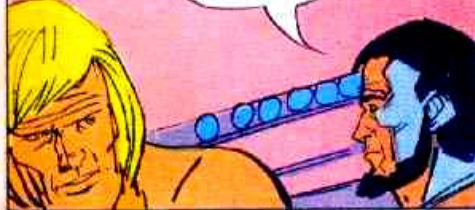
Extraños momentos vivimos en Tebas, Nippur. Reina la inquietud y abundan los crímenes. La tumba de Senrusett está lista y él está listo para ocuparla. Y yo temo, pues es extraño lo que sucede en Tebas.



Luego amodorrado por la oca y por el vino, Kristaton se retira a dormir y lo mismo hacemos Ur-El y yo.

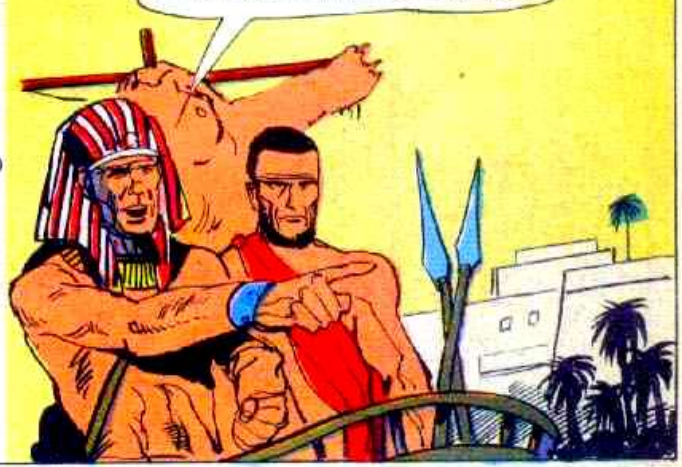
Tu amigo está muy preocupado, Nippur, e incluso parece asustado.

Sí. Y eso me extraña pues lo he visto reír ante los leones del desierto y los asesinos de la montaña.



La semana transurre entre paseos y cacerías por los alrededores de Tebas. Al volver una mañana en el carro de caza de Kristaton, embanderado con la sangrienta piel de un león cebado, nos topamos con la corte del Faraón que cruza las calles.

Mira, aquel es el faraón Senrusett.



La litera de manos, custodiada por gigantescos guerreros negros, se detiene ante nosotros e inclinamos las cabezas.

Amón sea contigo, Kristaton. Veo que una nueva piel adornará tu sala de trofeos.





Agradezco tus palabras, pero el mérito no es mío sino de mis amigos, que lo mataron con sus lanzas en los arenales.



La mirada del viejo faraón es aguda y afilada como el pico de un ave de rapiña y me siento incómodo ante ella.

¿Con lanzas? Deben ser, o locos, o valientes. ¿De dónde vienes?

Del país entre los ríos. De Lagash.



Un extranjero es siempre un alivio para mis viejos oídos. Venid conmigo y me hablaréis de vuestras tierras, vuestros vinos y vuestras mujeres. A mí y a mi hijo Usertes.



Algo me golpea los sentidos. Siento el estampido de la cuerda de un arco.

¡Cuidado!



Un grito largo de agonía y el guardia a quien arranqué el escudo cae con la frente atravesada. Varias flechas se clavan alrededor mío.



¡Usertes! ¡Kristaton! Proteged al rey. ¡Ur-El, conmigo!

Ya he visto las siluetas emboscadas junto a un macizo de palmeras.



Me arrastro por la arena, lastimándome codos y rodillas, hasta nuestro carro de caza, seguido por Ur-El.

¡Suéltale el freno!



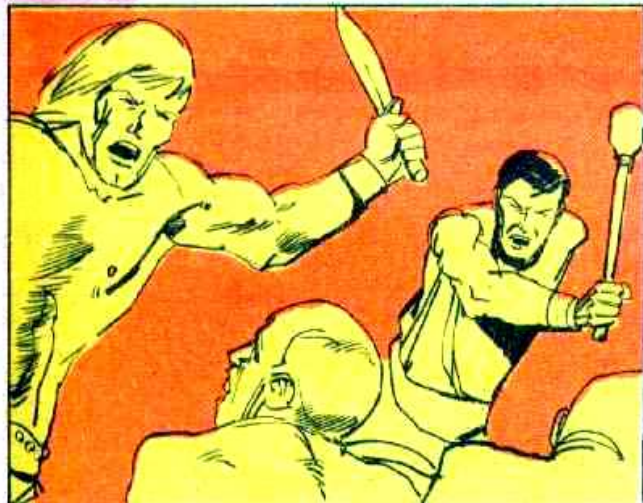
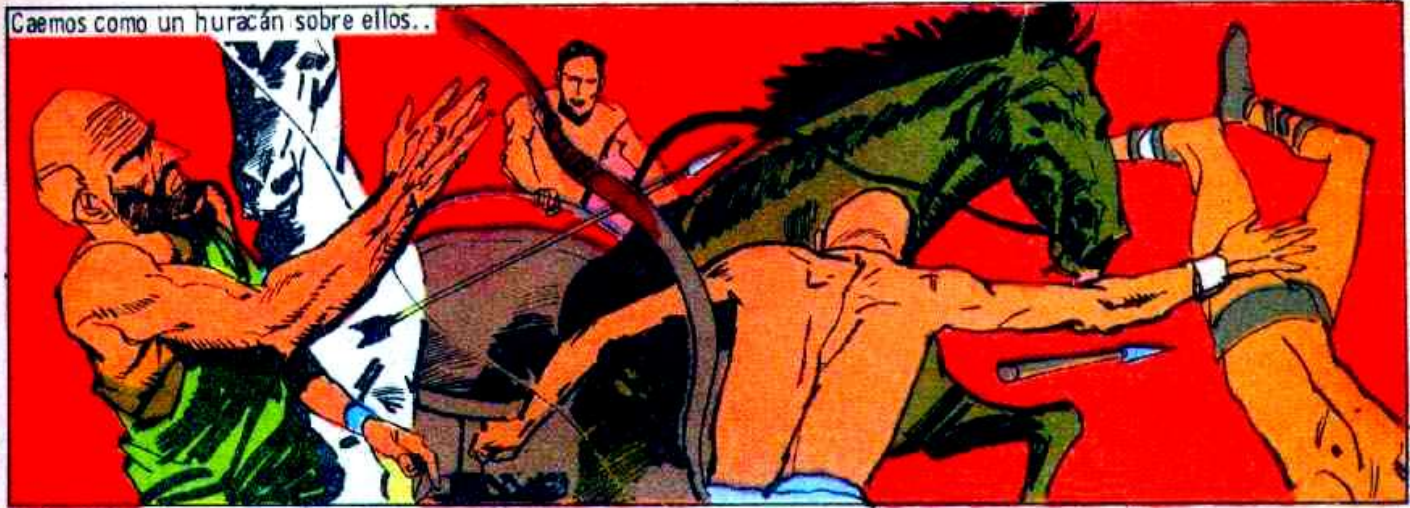
Salto dentro del carro. Ur-El se apodera de las riendas y lanza su estentóreo grito de guerra.

¡A mí, los emboscados! ¡Gir-Shuh!



El pesado carro es una avalancha de gigantes potros espumeantes, ruedas y cuchillas girando enloquecidas. El viento me azota la cara y por sobre mi cabeza flamea la sanguinolenta piel del león.

Caemos como un huracán sobre ellos..



Todo ha sido rápido y mortal; mi maza se ha detenido, roja de sangre su alma de piedra.



No tardan en llegar un pelotón de guardias negros, que se abalanzan contra los cadáveres y los lancean y despedazan ferocemente.



¿Qué hacen ahora? ¿Intentan derrotar a los muertos?

Los negros se enloquecen con el olor de la sangre. Hincan las cabezas muertas en las puntas de la lanzas. Uno de ellos, ansioso de matar, descarga su hacha contra la cabeza de uno de nuestros caballos.



El rugido de cólera de Ur-El hace palidecer al mercenario.

Maldito perro. ¡Yo te enseñaré!

La voz es opaca y acostumbrada a ser obedecida.



No toques ni la piel de un soldado del faraón o tendrás que llorar tu imprudencia, extranjero.

El hombre es peligroso y altivo y no aparta sus ojos de animal feroz del rostro de Ur-El. Usertes, fastidiado, dice:



Este es Baknath, el general de mi padre. El que todo lo puede. Hasta ha conseguido que sus mercenarios mestizos se bañen por lo menos una vez al año.



Baknath ni siquiera concede una mirada al joven, y a una voz suya, los mercenarios se calman como por arte de brujería. Me pasma ver el dominio que este hombre frío y corpulento posee sobre la horda.



Esa noche somos huéspedes en el palacio del faraón, nos agobia con presentes, joyas que fastidian a Ur-El y finas vestiduras, pero el rostro de Kristaton está sombrío y sin alegría.

Kristaton, no seas duro con tus amigos. Sufrimos con tu sufrimiento, de manera que confía en nosotros. ¿Cuál es tu carga?



Por un momento creo que ni siquiera me ha escuchado, de pronto habla.

Muchos dioses tenemos en Egipto, pues son buenos para facilitar la vida y las cosechas, pero lo más sagrado en nosotros es la sangre del faraón. Nunca ni en el Bajo ni en el Alto país, el faraón ha sido objeto de un ataque.



No desprecies nuestra inteligencia, pues bien sabes que todas esas historias de sangres sagradas son sólo balbuceos de viejas. Muchos faraones habrán cruzado el umbral último por el puñal o el veneno.



Encogió los hombros con buen humor.

Quizás, pero el secreto quedó dormido entre las murallas, pero hoy las flechas volaron a la luz del sol y el crimen fue exhibido ante el pueblo.



Además los asesinos eran esclavos...

¿Esclavos? ¿Bromeas? Un esclavo no puede conseguir armas ni...



Sé lo que piensas y también yo lo sé, sin embargo los que hoy se alzaron contra el faraón, eran esclavos de la construcción de la tumba real.



Esa noche la cena real nos fascina con su esplendor, pero el clima es opresivo y sombrío. Al fin Sennusert exclama:

Panni, ve y dile a Nofretamon que venga a acompañarme pues me aplasta el desasosiego y la extrañeza.

¿Quién es Nofretamon?

La hija mayor de Sennusert, la hija del halcón y sacerdotisa de Horus. Es como el rayo y como las flores; como el vino y como el metal de las espadas.



Quise reírme de Kristaton y lo llamé hipopótamo ahito de vino y poeta de los marjales. Y de pronto mi risa se cortó.



¡Por todos los dorados dedos de Samás!



Su belleza hería como el rayo y emblesaba como las flores; como el vino embriagaba y podía destrozar el corazón como el más afilado metal de guerra. Era alta y nívea, con ojos sombríos y enigmáticos. Sobre su hombro derecho se posaba un gran halcón de ojos salvajes.

Nofretamon, Sacerdotisa de Horus, hija de Sennusert y Panni, Nofretamon, la de la belleza que hacía palidecer las estrellas y privaba del sueño a los hijos de los hombres.



Tú eres un hombre de espada, extranjero. Mi halcón ofatea en ti el sudor y la sangre del campo de batalla.



No te equivocas, bella Nofretamon. No hace mucho tiempo he comandado ejércitos y me he sentado a la diestra de un rey.

¿Te fue adverso tu destino?



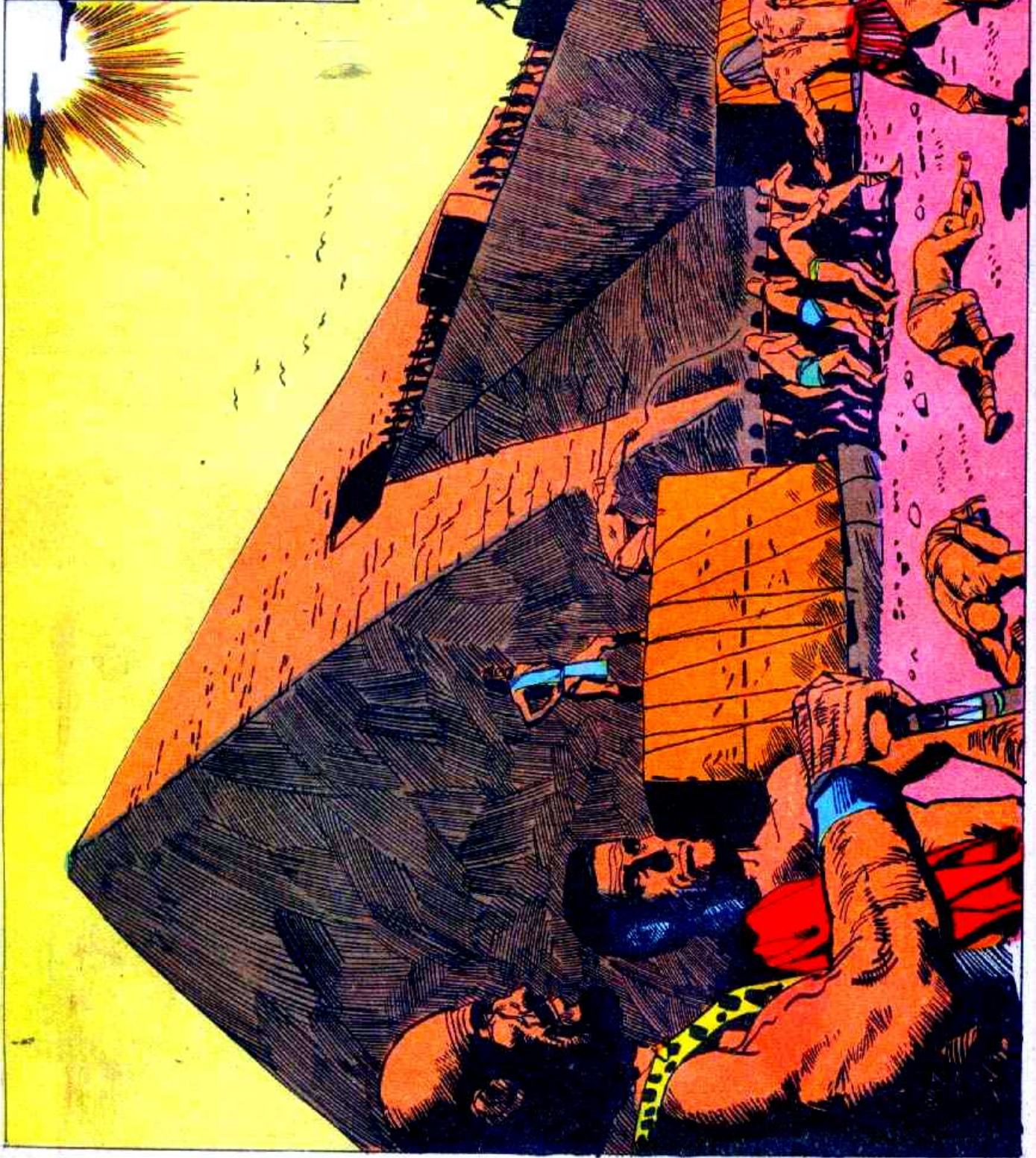
Sí, lo fue y hoy mis hombres y mi rey son menos que tierra sobre la tierra y mi ciudad es humo y cenizas en un cerco de lanzas enmohecidas, pero dejemos el triste pasado y deja que admire tu belleza.

Ten cuidado con tu lengua galante hombre de Lagash, pues mi halcón me cela y te mira con fastidio.

Esa noche me persiguió su mirada oscura y su sonrisa extraña por los túneles de mi sueño. No retaré...



El espectáculo era monstruoso y fascinante. Miles de hombres se arrastraban como hormigas, luchando con enormes bloques de piedra, jadeando en las arenas, esqueléticos, mutilados, empujando, tironeando, maldiciendo y por fin muriendo alrededor de la tumba real.



LUCHO OLIVERA 64



Ahí la tienes, hombre de Lagash. Esa es la tumba real, el monumento a la vanidad y a la tontería de un viejo.

No respetas mucho a tu rey, Baknath.



No puedo respetarlo. Los hicsos bujean en nuestra frontera como hormigas carnívoras, listas para invadirnos y nuestro faraón sólo piensa en su tumba.



¡Por Amón! Con estas rocas, yo hubiera levantado fortalezas temibles y con el oro que se guardará adentro compraría carros de guerra y mercenarios del país de los leones. Luego los hicsos olerían su miedo en mis lanzas.



Esa noche comenté esta conversación con Ur-El.

Baknath me preocupa. Es hombre violento y apasionado y además creo que es ambicioso en exceso.



Un grito largo y desgarrante hace erizar mi piel. Me abalanzo contra la puerta empuñando mi espada, y corro hacia el grito.



Abarco la escena de un solo vistazo...



Los agresores no presentan combate y huyen desesperadamente por los grandes ventanales y los corredores, entre los salvajes gritos de los guardias negros que los cazan a lanzazos.



La princesa egipcia me contempla con sus ojos oscuros y sin mensaje.

Llegaste primero que ninguno, Nippur. Grité con todas mis fuerzas y anhelé el socorro. Tú entraste con tu espada desnuda y con el rostro agrio de cólera. Tenías fuego en tu mirada.



Mi corazón detuvo su marcha cuando reconocí tu voz en el grito, princesa de Egipto.

¿Temiste por mí, Nippur?

Ni siquiera le respondo, ella toma mi mano, torpe y vil entre las suyas, frías y perfumadas. Dulce Nofretamon de Egipto.

Tus manos son grandes y duras, Nippur, y la espada y el puñal las han encallecido, pero para mí son bellas, aunque sean toscas, pues tus manos hablan a las mías.



De pronto se aparta de mí, como avergonzada y corre hacia las puertas. Horus, el halcón, con las garras aún sangrientas, la sigue.



¡Mira esto, Nippur! ¡Estos muertos también son esclavos de las construcciones!

¿Esclavos otra vez?  
¿Qué acontecimientos extraños son estos?



Algo extraño ocurre, pues, ¿para qué quieren los esclavos raptar a una princesa o matar al faraón? Su suerte no mejoraría con ello.

¿Cuáles tu idea, hombre de Lagash?



Al anochecer, Ur-EI y yo nos deslizaremos por el campamento de los esclavos y trataremos de espiar entre ellos, buscando...

¿Buscando qué, entrometido?



Bien... no lo sé... ¡Algo!

Algo. ¡Bah! Y como siempre, por tus ocurrencias, tendré que correr como el viento y luchar como un león.



Si temes, no vengas...

¿Temer? ¿Temer yo? ¿Yo, Ur-EI?



Se golpeé el pecho coléricamente y éste retumbó como un tambor de bronce.

¡Yo soy Ur-EI! ¡El hijo del león de Elam y del lobo de Ein-Rur! Me amamantaron con leche de cocodrilo y saqué los dientes mordiendo el metal de las espadas. Con una mano despedazo a un hombre, arranco los árboles y...



Vete a molestar a los asnos del establo con tus discursos, guerrero de heroica lengua.



La noche es negra como el aceite y la tumba monstruosa e incompleta. El campamento de los esclavos se veía quieto y silencioso. Ur-El y yo nos deslizamos sin ser oídos entre los guardias soñolientos.

A través de estos guardias podrían huir hasta las mismas tumbas.

Cállate, hijo de leones, lobos y cocodrilos.



Durante largo rato reptamos por los alrededores de la tumba real, rezando para no tocar un escorpión. Quizás nada hubiéramos visto de no ser por el ruido.

¿Oyes eso, Nippur? Parece un rumor de voces dentro de la tumba real.



Por un momento dudo, pero luego siento en efecto, un vago rumor dentro de la construcción, un ruido metálico y más voces.

Ven, sígueme pero ten tu maza lista, pues habrá lucha si nos descubren.



Encuentro una pesada puerta provista, que al ser enterrado el faraón será arrancada y sustituida por un bloque de piedra. La empujo pulgada a pulgada, implorando por grasa en sus ejes.



Alguien ha mantenido los ejes bien engrasados, pues ningún ruido altera el silencio. Ante nuestros ojos se extiende un largo corredor oscuro y lúgubre. En alguna parte gotea algo.



Avanzamos cautelosamente y con las espadas listas. Más y más cerca se oye el confuso rumor. De pronto...

¡Nippur, mira!  
¡Una luz!



En efecto, al final del corredor un largo hilo de luz corta la oscuridad.

Es una puerta, Ur-El. Tratemos de ver algo a través.



Con lentitud y sigilo me detengo ante ella y me arrodillo. Luego apoyo un ojo contra la vena de luz.



Veo una gran bóveda iluminada escasamente por antorchas. En el suelo, sentados, hay medio centenar de hombres. Algunos visten la raída túnica de los esclavos, otros la túnica blanca de los ricos y otros llevan el uniforme de la guardia del faraón. Reconozco a varios.



En un extremo se alza un púlpito y sentado en él, una negra silueta embozada habla.



No permitáis que los hombres se lancen al pillaje, ni aunque aúllen por su presa. Primero deben terminar la lucha, luego tendrán el placer.

No hay antorchas cerca de él y su voz surge de las penumbras.



Esta noche repartiréis las armas y las enterraréis en la arena...

Tarde comprendemos lo que ocurre. Me he apoyado contra una parte no finalizada de la construcción y una piedra cae estruendosamente.



¡Maldición!

Adentro oigo voces excitadas y pasos. No hay tiempo que perder.



¡Ur-EI, escucha y no discutas! Corre al palacio real y notifica al faraón de todo esto y dile que ataque esta misma noche; que no utilice a la guardia real, pues no le es leal. ¡Corre!

Es tiempo. Mientras Ur-EI huye por los corredores, la puerta se abre y el hombre que la abre salta a la eterna oscuridad.





Pero un repentino golpe me llena los ojos de luz y la mente de oscuridad.



Es suave, lento y doloroso el despertar, un fuerte olor a estancado y húmedo me penetra por las narices. Hedor a tumba.



El embozado se halla de pie ante mí. Detrás suyo por una pequeña ventana veo las estrellas. Es de noche, aún...



Por fin despiertas, Nippur de Lagash. Has sido para mí como una espina en mi pie, pero ahora te arrojaré al viento tras quebrarte, y tu muerte no será dulce.



Tus palabras son rebuznos de asno para mis oídos aburridos y me río de tus amenazas, pero, dime: ¿Realmente piensas conquistar Tebas con un ejército de esclavos?



¿Eres tonto? Cuento con el apoyo de la guardia real, sobornada por mis seguidores adinerados y por un ejército de mercenarios que espera en las fronteras del país de Mittani con sus carros listos.



La traición ensució tus manos y la ambición tu alma. Es inútil el embozo, Baknath, general del faraón, Baknath, guardián del sepulcro real. ¡Baknath, el traidor!

Sus ojos de animal feroz me queman con su mirada. Sus dientes afilados relucen entre la negra barba.



¡Sí! Me llamarán el traidor, el ambicioso, el que escupió a su rey. Pero mentirán. Nada de cuanto hago lo hago por mí. Todo lo hago por Egipto, por mi Egipto acorralado por los hicsos y los bárbaros. Necesita un rey guerrero.

¿Entiendes eso? Un rey que te dé grandeza y gloria, no a ese viejo cloqueante ni a ese jovencuelo fantarrón.



¡No puedes ser rey! ¡La arena te ha entrado en el cerebro! ¡No corre sangre sagrada por tus venas!

Correrá si me desposo con una hija del faraón. Con Nofretamon.



Se me congela el corazón en el pecho al ver a Nofretamon, de pie contra el muro, inmóvil y hermosa con la mirada oscura.



Para eso la he raptado, qusano. Mira detrás tuyo a Nofretamon, princesa de Egipto.



Esta mañana fue a sacrificar a Amón y mis hombres se apoderaron de ella. Como verás, todos mis planes... ¿Y eso?

Por el ventanuco veo el cielo teñirse de rosa y gris. Mezclado con la luz llega un confuso rumor, ahogado al principio, luego más potente hasta convertirse en un trueno poderoso.

¡El ejército del faraón! ¡Estás perdido, Baknath!



El rostro pueroso de Baknath se congela de estupor; de pronto lanza un grito ronco y sale violentamente del recinto.

¡Nofretamon! ¡Nofretamon!



¡Aquí estoy, Nippur! ¡Aquí estoy!



¡Rápido, princesa, mis ligaduras! ¡Suéltalas!



Los dedos blancos y fríos trabajan con rapidez, pese a que sus uñas se rompen sobre las gruesas sogas.

Abro la puerta de un puntapié y ante mí se extiende el largo corredor húmedo y sombrío. No hay nadie. Todos deben haber huído...

¡Nofretamon, debes esperar aquí sin salir ni un momento!

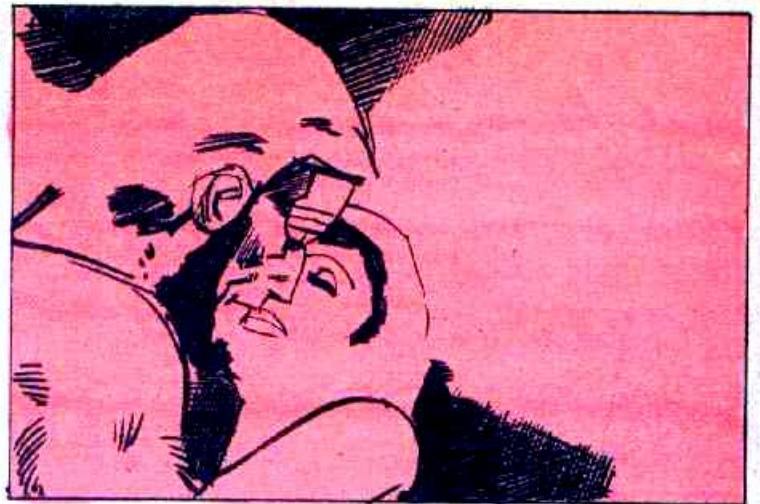


Nippur, yo...





Nippur...



La luz del sol me desgarrar la vista al salir y ante mí se extiende la batalla, sangrienta y fragorosa bajo la luz naranja del amanecer.



Los carros del faraón cargan como avalancha sobre los empantados esclavos, provocando una feroz carnicería. Por todos lados cae un diluvio de flechas y los heridos aúllan desangrándose en la arena.



Busco con la mirada a Baknath y lo veo trepar a la cúspide de la tumba real. Se ha arrancado la capa y el embozo y su cuerpo aceitado reluce bajo los primeros rayos del sol.



La lanza casi me atraviesa en mi descuido.



Lo arrojé contra el muro de la tumba y siento cómo su cráneo se rompe.



Me apodero de su espada y me lanzo tras Baknath, arriba, muy arriba, hacia el cielo azul que gira ante mis ojos.



Jadeo y transpiro, resbalo y tiemblo como un poseído, pero trepo, trepo, trepo...

Baknath me espera, sombrío y poderoso, ligeramente encorvado su cuerpo de luchador. Sus ojos feroces relucen como brasas.

TÚ. TÚ lo hiciste. Has quebrado como ramillas mis planes. ¡TÚ, perro extranjero!





Con un rugido de victoria, Baknath alza su espada que centellea al sol; sus enormes músculos se hinchan y sus tendones semejan lianas.

Implora a tus dioses, hombre de Lagash.



Pero una salvaje flecha de plumas y garras se abate sobre el rostro de Baknath y veo sus ojos feroces llenarse de sangre y su grito hiela mi sangre en las venas.



Le hincó mi espada en el vientre y lo siento retorcerse como un jabalí herido, mientras eleva hacia el sol su rostro desgarrado.



El griterío de los soldados victoriosos hace temblar la gran tumba. Extendido en cruz cara al cielo, yace Baknath, y Horus lanza ásperos chillidos y revolotea a mi alrededor.



La mirada del viejo faraón es aguda y afilada como el pico de un ave de rapiña y la sonrisa en su boca es sólo un gesto.

Te debo mi vida y quizás algo más que mi vida; mis tesoros no alcanzan para pagarte y sin embargo te pido que sigas tu camino y sacudas el polvo de Tebas de tus sandalias.



He visto a mi hija Nofretamon contemplarte con ojos de mujer. Y tú le respondías con ojos ardientes. Todo te debo, pero mi hija es inacanzable para ti. Por sus venas corre sangre de dioses y se debe a su país.

Se debe a su país. Estas palabras me arrebataron a Nofretamon. La volví a ver recién en el muelle cuando embarcábamos. Kristabon y Usertes nos habían traído presentes y oro del faraón. Ur-El había quedado estupefacto ante las arcas y sus contenidos.



¡Somos ricos, Nippur! ¡Mira esto!

Calla, bruto codicioso. ¡Tu amigo no te escucha!



¿Te marchas, Nippur?

Así es, princesa, no debo permanecer más tiempo en tu país.

Sin cuidar el recato cortesano debido, me tomé una mano. Sus ojos estaban sombríos y doloridos.



Eres altivo y orgulloso, Nippur, tanto que destrozas mi corazón. Pero tal vez te amo justamente porque eres orgulloso y altivo, aunque no te vuelva a encontrar en mi sendero nunca más. Te amo, nunca lo olvides, te amo.



Nofretamon, princesa mía.

Véte Nippur, hombre de Lagash, amado mío. Véte. Véte, que yo te podré ver siempre en la bruma del río y te oiré en el resonar de los metales. Véte ya, que no quiero llorar ante ti...

El barco se aleja ágil y ligero y en el muelle la blanca figura de Nofretamon se achica cada vez más y mi pecho gime dolorido. De pronto la blanca silueta tiende un brazo.



El halcón corta el aire como una saeta, reluciente y feroz y se posa en mi hombro. Sus ojos de cuentas de cristal me miran curiosos.



¿Te envía ella, amigo? ¿Eres, quizá, el talismán que Nofretamon me regala?

Atrás queda el Egipto, con sus ibis y sus cocodrilos, sus tumbas y sus reyes y desde un muelle de Tebas, Nofretamon me ha enviado su emisario de amor. El viento gime entre el cordaje y el coro bronco de los remeros canta mi adiós a la princesa de Tebas.



# LAS LANZAS Y LA ARENA

Por **ROBIN WOOD**

Un barco puede correr sobre las olas como un ave en el espacio o como una flecha que abandona la cuerda. Cortando los aires y las aguas, dando bordadas, rechinando cordajes y maderos.

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA



Así corría nuestro barco, como un ave o como una flecha, atravesando el Mar sin Peces, rumbo a las tierras que fueron pobladas por los primeros gigantes que alzaron fortalezas y desviaron mares y ríos.

¿Para qué deseas ir a tierras desconocidas, terco de cerebro desviado?

Quiero.



Tenemos bastante oro para vivir regaladamente en las ciudades costeras. ¡Pero tú prefieres ir a las tierras de los helenos y de los cretenses! ¡Esos ladrones!

Ur-El lanzó un último reniego y se arrebujó en su manto, desalentado y meditando. Tal vez pensaba en las ciudades costeras y en las bailarinas del sur, de los grandes brazaletes amarillos.

Quiero conocer las tierras que domina Egeo, rey de Atenas. Dicen que es hombre sabio y gusta de los extranjeros.

¡Bah!



De pronto uno de nuestros marinos, Kafilas, extendió su brazo moreno y gritó...

¡Barco a la vista! ¡Parece abandonado!



No solamente estaba abandonado, sino que había sido casi destrozado a golpes de hacha, semiquemado, cubierto de cadáveres en todas sus esquinas, incluso colgaban del cordaje, meciéndose al viento.

Lucharon como demonios.



Es extraño. Los marinos nunca dejan huellas tan feroces de su lucha. Los piratas sufrieron terribles bajas.



¡Por la Madre! ¡Dadme agua! ¡Agua!

«No entiendo cómo sobrevivió, pues las heridas de su pecho eran grandes como yelmo y ardían y latían, ahogándolo. Le dimos agua.



¿Quién eres, buen hombre y qué ha ocurrido?



Mi nombre es... Pirilos y soy soldado de Creta... Llevábamos a bordo... gente de Minos... del rey...



¡Continúa hablando, Pirilos!

Princesa... piratas... se la llevaron. Norte... princesa Fedra... prin...



¿Pirilos?

Es inútil. Está muerto.



¿En qué piensas, Nippur?

Esos piratas capturaron a una princesa de Creta y se la llevaron en dirección Norte. ¿Comprendes?



- ¡No! ¡No!

¡Sí, me comprendes. Iremos tras los piratas y les arrancaremos a la princesa Fedra y con ella nos presentaremos en Creta. De esa manera seremos magníficamente recibidos.



¡Nippur de Lagash! ¡No trates de embauccarme a mí con tus motivos! ¡Dí más bien que no resistes la tentación de ir tras ellos!



Yo tampoco resisto la tentación.



Nuestra tripulación estaba compuesta de marinos curtidos y belicosos, negros feroces del país de las jirafas, con los cabellos adornados con huesecillos de aves, quienes aprobaron entre alaridos nuestros planes.

¡Llévanos a cazar piratas, amo! ¡Ellos tienen oro y piedras de colores! ¡Llévanos!

¡Les arrancaremos su oro y su vida!



La costa rocosa y escarpada, salpicada de árboles y barrancos, corría velozmente ante nuestros ojos, mientras el viento hinchaba las velas y las palas golpeaban el agua al ritmo del ulular de los remeros.

¿Crees que habrá ido muy lejos?

Los bajeles de los ladrones del mar corren como peces, pero éste va muy cargado de botín.

Me recliné en la proa y dejé vagar la mirada por las plumizas aguas encrespadas. Desde lo alto llegaban voces de las aves blancas de grandes alas.

¿Dónde estarán?



¡Allí estaban!

Pero...



La bahía era invisible para los ojos de cualquier navegante hasta estar prácticamente dentro de ella. En la orilla se veían barcos varados, chozas y centenares de hombres, mujeres y niños.

¡Los piratas!



¡Mira allí, amo!



El barquichuelo emergió como una bestia marina, en la boca de la bahía y en el otro extremo otro, y allá otro y otro...

¡Esto es una trampa para los navegantes y hemos caído en ella!

¡Pues les costará muy caro, amo! No somos comerciantes gordos ni egipcios miedosos.



No, Kallias. No lucharemos. Debemos tratar de sobrevivir.

¡Pero, amo, mi hacha tiene sed!



¡Métela dentro de un odre de vino, entonces! ¿Cuál es tu idea, Nippur?

Escucha...



Ya estamos encima de ellos. Es un barco pequeño, pero siempre tiene algún valor.

¡Mira, Kelefer!





¡Enfilan hacia la costa!

¿Estarán locos?

Con un terrible rascar de arena y madera, nuestro bajel se detuvo casi sobre la playa. Al momento la confusa multitud corrió hacia nosotros, deteniéndose a pocos pasos, en silencio, a contemplarnos.

Me coloqué mi casco de guerra que dejaba libres sólo mis ojos y mi boca; era un casco que impresionaba, con sus largas crines negras y sus labios de bronce.

¡Ven, Ur-El! ¡Ven, Kafilas! Presentemos nuestros respetos a esta carroña!

Salté a la arena y caminé hasta la multitud. Era una masa estúpida y sucia que nos contemplaba con curiosidad.

¡Tú, cara de imbécil!

¿Yo?



¡Sí, tú! ¡Llévanos junto a tu jefe o te muelo el lomo con mi maza!

En la bahía los barcos cazadores se habían detenido en semicírculo arriando velas. Nosotros atravesábamos la orilla detrás de nuestro infeliz guía, que miraba espantado a Kafilas.

Ya nos esperaban. Una masa de hombres armados, de todas las razas, con estigmas grabados en sus rostros. Fugitivos de mil ciudades.

¿Quién es vuestro jefe?



¡Apura, lombriz de tierra! ¿O prefieres que te arranque los huesos de la espalda con mi daga?

Yo soy. Yo, Skyron amo de tierras y aguas.

Era enorme y fuerte como un buéy. Numerosas espadas y muchas uñas de mujer habían labrado su rostro pesado y grueso.



Yo soy Nippur, de las tierras de entre los ríos y estos son mis hombres. Aquél es mi barco y ésta es mi espada. Con ella hago respetar todo lo demás.



Era un desafío y Skyron enrojeció. Advertí que le faltaba un ojo. En su lugar llevaba un rojo rubí dentro de la órbita vacía.

¿Nos provocas, extranjero? ¿No sabes que podemos convertir tu cuerpo en abono de esta playa?



Quizás puedes hacerlo, Skyron, pero perderás demasiados hombres. ¡Míranos! ¿Nos crees una presa fácil?



El ojo astuto y la roja piedra recorrieron nuestras filas deteniéndose en las afiladas hachas, en las lanzas de tres puntas, en los cuerpos gigantescos y aceitados de los negros.

Nos matarán, quizás, tras larga lucha y te podrás apoderar del oro que llevamos. Pero...



¿Pero qué? Continúa, extranjero. ¿Por qué embarrancaste aquí?

Porque te buscaba.



Hemos sido expulsados de nuestras tierras por crímenes contra los templos. Fue una vil y falsa acusación, pero nadie creyó en nuestra inocencia.



Rió con una risa ronca y feliz.

Eso te creo. Todos los que estamos aquí somos inocentes como ovejas. ¡Es falso que robemos, matemos o saqueemos! ¡Todo falso!



Un coro de carcajadas lo celebró...

¿De manera que quieres unirme a mí, Nippur?

Eso es.



¡Yo no creo nada de eso! ¡No los necesitamos ni confío en ellos! ¡Si tienen oro se lo arrancaremos con nuestros cuchillos!



Por un momento la situación fue grave. Una multitud es fácil de enardecer. Ur-El salvó la situación.

Mira mi cadena, ratón de agua. Es de oro puro. Ven a tomarla con tu cuchillo, ven...



El desafío flotó en el aire como puede flotar la bruma o el polvo de las caballerías. El pirata se sintió contemplado por mil ojos. Alguien le dijo algo y varios rieron.

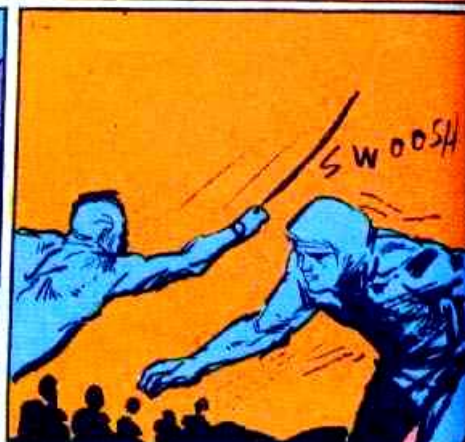
¡Allá voy, extranjero! ¡Te arrancaré la cadena sin sacártela por arriba!



Se movía como un ágil perro de caza y en su rostro picado de viruelas los dientes sucios relampagueaban. Ur-El le salió al encuentro.



¡Ven a mí, gusano! ¡Ni siquiera usaré arma!

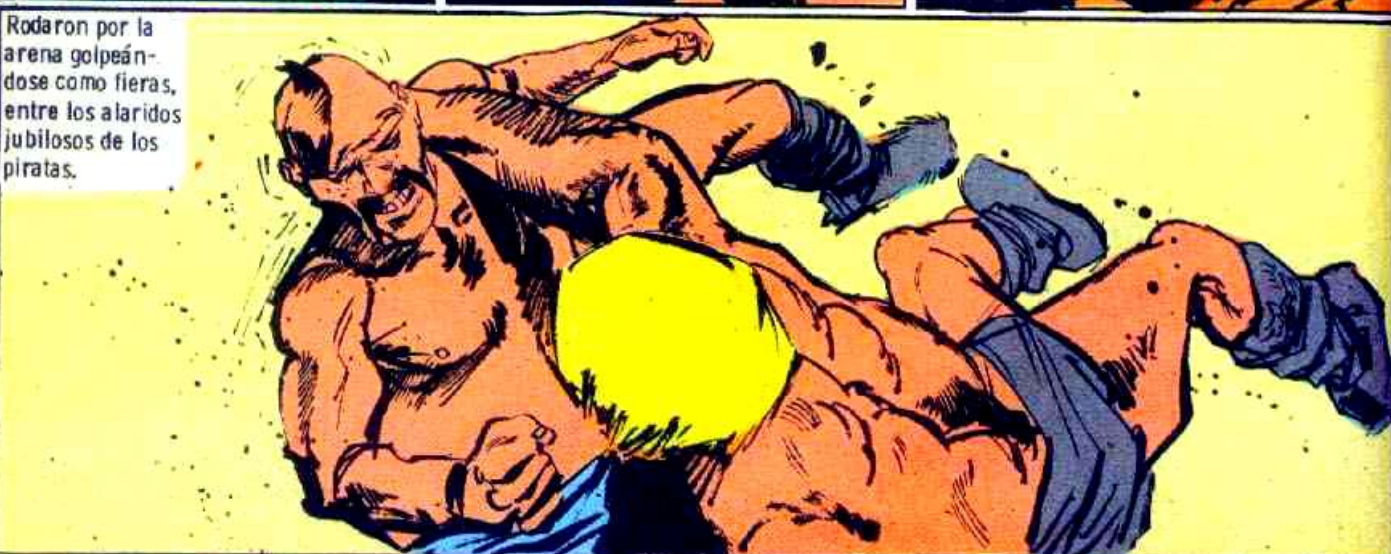


¡Pirata de pacotilla! ¿Pelear así con tus mujeres?



¡Así se combate, hijo de un cangrejo!

Rodaron por la arena golpeándose como fieras, entre los alaridos jubilosos de los piratas.



Ur-El se incorporó blandiendo la espada.



¡Quieto, bravo matador de viejos y mujeres!



¡No me mates, extranjero! ¡No me mates! ¡Disculpa mis palabras!

¿Matarte? ¿Y qué ganaría con tu muerte?



Un brillo cruel cruzó un momento por los ojos de mi amigo mientras sopesaba en la mano el ancho y curvo espadón del vencido.

No. No ganaría nada pero tampoco perdería mucho.



La pesada hoja trazó un molinete en el aire como un pájaro de acero, un pájaro de muerte que ahogó el alarido del pirata.

¡Calla!



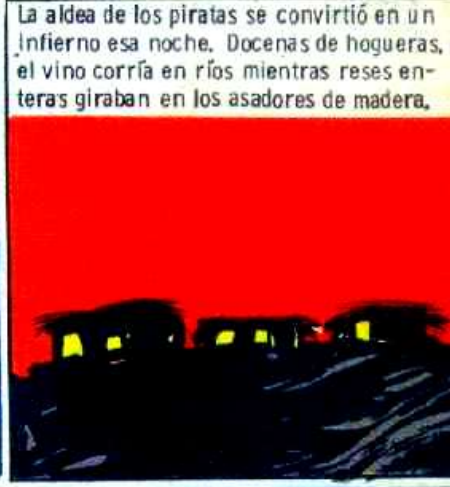
Un gran silencio reinó en la playa. Apenas si se oía el batir del mar y el chillido de los pájaros. Skyron se acercó al muerto y lo hurgó con el pie. Sonrió como sólo sonríen los lobos. Los lobos o los hombres que son lobos...

Buen golpe. Excelente. Ni yo lo hubiera hecho mejor.



Su ojo amarillento me contempló sin expresar nada, luego alzó los brazos gritando:

¡Tendremos fiesta esta noche! ¡Comeremos y beberemos con nuestros nuevos amigos! ¡Tendremos vinos, carnes y fuego para todos!



La aldea de los piratas se convirtió en un infierno esa noche. Docenas de hogueras, el vino corría en ríos mientras reses enteras giraban en los asadores de madera.

Skyron demostró ser un cumplido anfitrión y un cerdo repugante. Comía entre gruñidos y jadeos sin interrumpir su conversación.



Me alegra tu venida, Nippur, pues necesito buenos luchadores a mi lado. Llegan días de lucha...

¿Por qué dices eso?

Teseo, príncipe de Eleusis, avanza por mis tierras con muchos hombres. Me busca a mí y a mis hombres.

Teseo, de Eleusis...



Mientras la orgía gritaba y bebía, entre la grasa y las hogueras, conseguí apartarme con Ur-EI.

Dile a Kafilas que envíe a uno de sus hombres fuera del campamento en dirección de los bosques. Que busque al príncipe Teseo y le dé este mensaje.



Transmití mi mensaje al príncipe y volví luego al centro de la hecatombe, donde Skyron ahito de carne, bañado en vino, ebrio, con el rostro congestionado, roncaba contra la mesa.

(El príncipe Teseo... ¡Si el enviado de Kafilas cumple bien, no tendrás muchas más orgías, Skyron!)



La mujer surgió de pronto, frente a mí. Alta y hermosa, de ojos fríos y largos cabellos trenzados. Pese a ser mujer llevaba espada y brazaletes de cobre. Vestía como un guerrero y así me miraba.

¿Cuánto hay de cierto en tus palabras de la playa, extranjero? Mi instinto me dice que nos traerás desgracias...



No hagas caso de tu presentimiento, mujer. Ni mi amigo ni yo queremos dañarte.



La mujer se enfrentó con la mirada de Ur-EI y por un momento sólo estuvieron ante la hoguera el gigante y la doncella de brazaletes y espada. Ella fue la primera en hablar.

Tú luchaste hoy en la playa. Luchaste bien, pero, ¿fue necesario que lo mataras?

Un guerrero no empuña su espada y la vuelve a envainar seca.



¿Cómo es tu nombre? ¿Qué haces aquí?

Mi nombre es Tamar. Soy hija de Skyron y luché junto a mi padre como el mejor de sus guerreros.



Me aparté de ellos y fui hasta la orilla del mar mientras en mis oídos se apagaban los gritos de los beodos y el crepitar de las hogueras...



Al día siguiente recorrió con lentitud el campamento fingiendo curiosidad y tratando de descubrir el paradero de la princesa cretense.



¿Amo, no estará en el recinto de Skyron?

Es muy posible, Senu mer. Ven conmigo, vamos a descubrirlo.

La residencia de Skyron era una enorme choza de piedra, rodeada por un foso erizado de estacas aguzadas. Skyron tenía aspecto cansado y ojeroso.

¡Maldito sea el vino y la carne! ¡Son la maldición de los hombres! ¡Y también las mujeres!



¡Cállate, gordo holgazán y bécete esto!

¡Puahh! ¡Llévatelo, vieja bruja y báñate con él!



¡Mira esto! ¡Tisanas y compresas! ¡Después de una batalla me siento como un buey y luego de una fiesta como un pez muerto! ¡Puahhhh!



¡Padre! ¡Padre! ¡La princesa está llorando y no quiere comer!



¿Quién es la princesa?

¡Es una cretense que capturé el mismo día que tú llegaste y me trae más problemas que todas mis mujeres juntas!



En ese momento oí un rumor detrás mío y giré sobre mis talones. Por un momento quedé sin habla. Estaba ante Fedra, princesa de Creta.



¡Tú, gordo feo y sucio! ¡Quiero irme a mi casa! ¡No me gustan esos estúpidos hijos tuyos!

¡Oh, cállate! Me duele la cabeza!



La voz de la niña se convirtió en un chillido agudísimo que estremecía el aire.

¡Quiero irme! ¡Quiero irme!

¡Oh, Zeus! ¡Mi cabeza!



Princesa, con tu permiso...

¿Quién eres tú?



Ejecuté una reverencia palaciega y me golpeé el pecho con el puño cerrado a la manera sumeria.

Nippur, de Lagash, cabeza de ejército y cortesano de Senru set del Egipto te rinde homenaje.

Te saludo, Nippur de Lagash. La Madre sea contigo.



¿Parecía encantada de ser tratada nuevamente según su condición real y sus modales cambiaron y se volvieron solemnes como corresponde a toda una princesa de cinco años ya cumplidos.

¿Princesa, me permites que te acompañe a pasear por la orilla del mar?

¡Uff! ¡Sí, llévate, así podrá descansar!



La princesa real de Creta no pudo resistir la tentación de sacarle la lengua. Me la llevé rápidamente.

Ven, princesa. ¡Vamos a recorrer la orilla del mar!



¡Oh, Nippur! ¡Qué lindo! ¡Hace mucho tiempo que no me divertía tanto!



En la arena divisé una pareja. Ella tenía sus largos cabellos desatados y alborotados por la salina brisa del mar.



¡Ur-El!



¡Nippur! ¡Me has sorprendido!

Sí, ya me doy cuenta...



Parecía un niño descubierta en el momento de hundir las sandalias nuevas en el barro. Casi estuve a punto de reírme. Por fin me encogí de hombros.



¡Bah! ¡Lo siento por ella! Tú, en cambio, eres un tonto afortunado.

¡Tírate al mar, envidioso de lengua ágil!

La muchacha sonrió y todo pareció iluminarse alrededor de ella. Era hermosa como el sol y en sus ojos no existía dureza ya. Me tomó una mano.

Gracias, Nippur, por tus palabras. Eres un hombre de buen corazón. Te querré tanto como sé que él te quiere.



Me aparté con la princesa colgada de mi mano y sintiendo un acre sabor en la boca al pensar que en alguna parte de los bosques avanzaban los hombres de Teseo.



¡Aho, amo! ¡Ven rápido!

27 Había regresado mi mensajero...



No tuve dudas. Apenas lo ví, supe que era él. Delgado y pequeño, pero fuerte como una lanza y hermoso como un dios. Se acercó con paso juvenil y colocó sus manos sobre mis hombros.

¡Nippur de Lagash! ¡Es un orgullo para mí conocerte! He oído hablar mucho de ti.



Me halagas, Teseo.

Me escurrí con las sombras de la noche, acompañado de Kafilas y del guía. Nos hundimos en la viviente oscuridad del bosque, con los ojos atentos y las hachas listas.



Corrimos así más de una hora. De pronto...

¡Detente allí! ¿Quién vive?



¡Soy yo! El príncipe me espera.

Era inteligente y su cerebro relampagueaba y cortaba como el rayo. Sus planes estaban ya hechos y así me enteré que el campamento de Skyron estaba ya cercado.

Mis carros de guerra se ubicarán entre la playa y el mar, para que los bandidos no puedan fugar. Tú, Nippur, encárgate de proteger a la princesa de Creta y yo haré lo demás.



Yo también haré algo. He visto marinos masacrados.

Otra cosa. Skyron es mío. Me debe la vida de varios de mis mejores amigos.



Cuenta con él.

Me despedí del príncipe heleno y volví al campamento con las luces de la mañana. Encontré a Ur-El ya levantado.



¿Adónde vas?

Debo encontrar a Thamar. Voy a comprarla a su padre para poder casarme con ella.

Ur-El, amigo mío. Es mejor que esperes. Teseo atacará hoy.



¿Teseo?

Se quedó congelado. En la ebriedad maravillosa de su amor había olvidado completamente nuestra situación y ahora se enfrentaba a la cruda realidad.

Cuando ataque Teseo, nosotros lucharemos contra Skyron y nos apoderaremos de Fedra.



Thamar...



El sol estaba alto en el cielo azul y los arbutos gemían bajo la brisa del norte cuando la agudísima nota de un cuerno de guerra horadó los aires.

¿Qué es eso? Parecería...



Brotaron del bosque como un torrente, con sus grandes escudos redondos y sus altos cascos de rojos penachos, con la inconfundible silueta al frente, casi cincuenta metros delante de sus hombres.

¡Adelante! ¡Sin piedad!



El choque fue terrible pero el heleno se abrió paso entre la multitud como un Dios de la guerra, segando con su espada vidas y gritos.



¡Paso, miserable! ¡Paso a Teseo de Troizen y Eleusis!

Corrí con mis hombres hasta el reducto de Skyron. Sus guardias no tuvieron ni siquiera tiempo de enristrar sus lanzas...



Skyron no estaba y agradecí a los dioses por ello. Ur-El, pálido como un muerto, revisó la casa.

Tamar tampoco estaba.

¡Rápido! ¡Tres de vosotros quedaréis aquí para cuidar a la princesa! ¡Los demás conmigo!

¿Nippur, qué ocurre?



Todo era caos. Todo era gritar y morir en la arena, entre la sangre y los escudos de los helenos que avanzaban como una oleada de bronce y lanzas.



Entonces vi a Tamar, con los cabellos de oro escapando bajo el arco de bronce del casco. Luchaba, efectivamente, como un guerrero. Como el mejor de ellos.



Más allá, Skyron, trataba de organizar su horda, pero todo era inútil. El ataque feroz y decidido de los helenos, todo rabia y fillos, hacía huir espantados a los bandidos en dirección al mar donde esperaban los carros de guerra. ¡Malditos cobardes! ¡Tomad vuestras armas! ¡A pelear!

Surgió de pronto ante él y se enfrentaron. El pirata feo y pesado como un buey y el heleno bello y feroz como un leopardo.

¡Pirata! ¡He venido a buscarte a ti!



¡Ven por mí, mocoso!



Saltó sobre él y por un momento vi brillar un cuchillo entre sus manos. Luego el brillo desapareció en el corpachón de Skyron.

¡Ahhh!



¡Thamar! ¡Por los dioses! ¡Thamar!





A mi lado, Ur-El contemplaba sin hablar la costa que se alejaba. Le oprimí el hombro con fuerza y pude sentir que lloraba silenciosamente como sólo puede llorar un guerrero que lo hace por primera vez...



Un barco puede correr sobre las olas como un ave o como una flecha que abandona la cuerda.



# MINOTAURO

POR ROBIN WOOD



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

El viejo sol del mar era rojo como la sangre, en el atardecer en que llegamos a Creta, la isla del toro, con sus rocas blancas y grises emergiendo de las aguas, revueltas por los titanes de las profundidades marinas, según decían los viejos de la costa. El puerto era grande, bullicioso y surio, como todos los que conocí en mis viajes.

Llevábamos con nosotros a la pequeña princesa Fedra, hija del Minos, rey de Creta, a quien recuperáramos de los ladrones del mar y deseábamos dejarla en el palacio de Knosos, en mano de su padre, por lo tanto solicitamos audiencia. Sin demora...

Pasad. El Minos os recibirá.



El Minos, viejo y sabio, yacía hundi do en su gran trono de piedra, coronado por una enorme cabeza labrada en oro y granito. Recibió a su hija con gran sentimiento y voces, indignas de un rey que debe cuidar su compostura. Luego...

Extranjeros: la vida de una princesa cretense es sagrada para los hombres y los dioses, y vosotros la habéis salvado. ¿Cuál es vuestra recompensa? ¿Qué deseáis?



Sólo deseamos permanecer un corto tiempo en tu isla, hijo del Toro y tu agradecimiento ya es bueno.

No mencioné oro ni alimentos, pues supuse que vendrían por sí solos. Y no me equivoqué.



Traigo presentes para ti y tu gente, noble señor. Enviades por el hijo del Toro, Minos de Creta y amo del mar.

Contando con el favor real, no nos resultó difícil visitar la isla, desde el puerto hasta los montes boscosos. Nuestro guía fue un sacerdote, devoto y ladrón llamado Firiatos.

Firiatos, ¿qué es aquello?

Eso es el Laberinto, noble señor. El templo de los mil corredores del que sólo el Minotauro, el sumo sacerdote, conoce la salida.



Aquí, en las profundidades de la tierra, vive el dios de Creta, hijo de Poseidón. Todos los meses recibe su sacrificio.



¿Qué sacrificio?

Siete jóvenes y siete doncellas, entregados por las ciudades helenas como tributo. Casualmente, mañana llegarán los enviados por Egeo, rey de Atenas.



Estuvimos a la mañana siguiente en el puerto, entre la multitud que aguardaba la llegada del barco que traería las víctimas para el sacrificio. La gente se mostraba excitada y sus risas y chillidos me repugnaron, pues los que iban a llegar, cabalgaban ya en corceles de muerte.

¡Allí llega la nave de Kerimes!



Eran catorce jóvenes y fueron rodeados por la multitud entre risas y comentarios como si fueran ganado. Ur-Ei, sombrío, hizo sonar sus dedos mientras gruñía en voz alta:

¿Esa es la manera de respetar a la ofrenda para el Dios de Creta?

No te enojas, magnífico señor. El pueblo tiene derecho a ver lo que se entregará como presente.



Vi a un corpulento cretense de negra barba adelantarse hacia los helenos entre las risas de sus amigos, y dirigirse hacia una de las muchachas helenas.

Veamos lo que recibirá el dios. ¡Parece una gallina flaca!



La tocó y la muchacha gritó, asustada. Entonces uno de los helenos se movió como un rayo y todos pudimos sentir el estampido del golpe y el seco estallido de la mandíbula al romperse.



¡Apártate de la presa del dios, perro cretense!

Se irguió frente a la multitud atónita, y la fría mirada de sus ojos azules los desafió a todos. Las largas bocanadas de viento agitaban sus largos cabellos rubios y su rostro era hermoso y ferroz.

¡Somos las víctimas de Poseidón, no la diversión de los cerdos, para de Creta!



Los soldados pusieron orden a puntapiés y lanzazos. Yo contemplaba, estupefacto, al joven heleno, erguido y orgulloso. No hacía un mes aún que ese joven había luchado, hombro con hombro, conmigo, contra los ladrones de Skiron.

¡Teseo! ¡Teseo de Eleusis! ¿Qué haces aquí?



Esa noche trepé las paredes del templo y logré llegar al patio interno. Por un pequeño ventanuco llamé la atención de uno de los helenos allí encerrados.

¿Quién eres tú? ¿Qué deseas de nosotros?

Llama al príncipe Teseo. Soy su amigo.



-¡Nippur! ¡Hombre de Lagash! ¡Qué alegría y sorpresa verte aquí!

¡Teseo! ¿Qué hacés aquí? ¿Eres víctima para el sacrificio? ¿Tú, un príncipe...?



Su rostro se oscureció y pude recordarlo luchando, espada y escudo en mano, en la arena revuelta por las ruedas de los carros de batalla.

El príncipe es el pastor del pueblo. Por eso pedí a mi padre permiso para acompañar a las víctimas y tratar de salvarlas.



¿Salvarlas? ¡Son presas del dios!

No creo en ese dios que vive en el fondo de esa gruta y devora la carne de mi pueblo. Quien mata a los míos, me mata a mí también.



No pude hablar más pues podían descubrirme los guardias del templo, y debí trepar nuevamente las murallas. Desde allí contemplé un momento la negra estatua del dios, brillante bajo la luz de la Luna.



(Tal vez Teseo tenga razón y el dios de Creta sea un falso dios. No puedo abandonar a quien fue mi hermano en la batalla.)



Dilaté un mes más mi viaje con numerosas excusas, con gran deleite de Minos. Sólo Ur-El sabía la verdad y me aprobaba.

Teseo salvó nuestras vidas y luchó junto a nosotros. Debemos esperar.



Ese mismo día vimos la danza del Toro. Firiatos nos llevó hasta un estadio abarrotado de una multitud ruidosa que cruzaba apuestas e insultos mientras comían y bebían.

Ven, noble señor. El rey me ordenó que te condujera hasta su palco junto con tu valeroso amigo.

Firiatos, hijo de una laucha, si me sigues llamando noble señor, te retorceré el pescuezo.



Entonces vi al toro en el ruedo, enorme y negro, con las fauces espumantes, rascando la arena con sus pezuñas. Ariadna, la otra hija del rey, me explicó la ceremonia.

Los helenos deben danzar ante el toro para saber si la ofrenda es buena. Los que sobreviven, son enviados al dios.



Gran honor, ¿verdad?

Los helenos salieron a la arena con Teseo al frente y se abrieron en media luna ante el toro, que los contemplaba irritado. Teseo hizo el saludo ritual al animal, pues los helenos creen que su dios mora en ellos.

¡Salve, Poseidón! ¡Dios de las aguas y sacudidor de la Tierra!



El toro atacó, y los cretenses rugieron de entusiasmo cuando Teseo lo esquivó, ágil y raudo, como un ciervo del Helesponto.



Una y otra vez arremetió la enorme bestia con la testuz rozando el suelo.



De pronto...

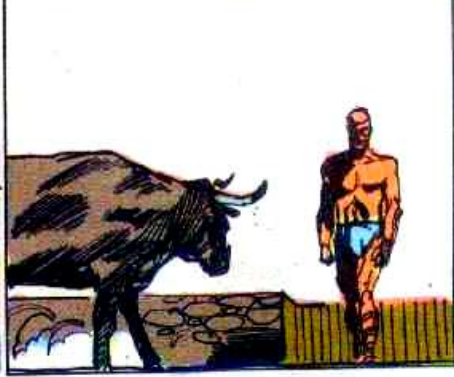
¡Cuidado, Thimónides!



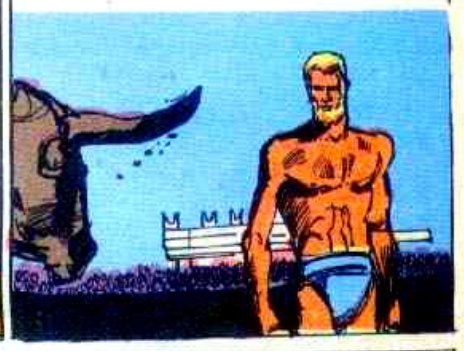
El grito de Teseo llegó tarde, y el cuerpo de Thimónides colgó de los cuernos como cuelgan las velas de un barco al cesar el viento.



El toro se zafó y buscó otra víctima. Teseo, entonces, comenzó a caminar hacia el animal. Este bramó de rabia.



Tembló la tierra cuando cargó con los cuernos ensangrentados y rasando el suelo. Pero Teseo no se movió ni un palmo.



Al llegar el toro, saltó entre los cuernos y sus manos se apoyaron sobre el lomo negro y cerdoso.



Por un momento creí que el estadio se hundiría bajo las ovaciones y vitoreos de los cretenses. El toro, cansado, enfrió con la cabeza gacha hacia el túnel por donde había salido, mientras Teseo recogía el cadáver de su compañero.

¡Dime, Nippur, si hay hombre más hermoso y más valiente que el heleno!



Vi en los ojos de Ariadna un brillo que ya había visto en los de otra mujer, tiempo atrás, a las orillas del Nilo. El brillo que destroza la razón y las barreras de los hombres.



Ur-El, creo que la princesa Ariadna se ha enamorado de Teseo.

¿Es eso bueno o malo?



Aún no lo sé, pero debemos mantenernos alertas.

Según Firiatos, deberán ser llevados al dios durante la luna llena del próximo mes.



Los festejos se sucedían durante la semana del dios y el vino corría entre el sonar de flautas y risas. Desde palacio nos llegó la invitación del Minos para la celebración. Vestimos nuestras mejores túnicas y colgué de mi cuello mi sello de guerra.

¡Anuncia a Nippur de Lagash y a Ur-El de Elam, y enjuágate la boca que apestas a ajo, soldado de barro!



La fiesta estaba en su apogeo y casi todos los comensales habían bebido en exceso. Sólo un hombre se veía sobrio y apartado. Inquirí a Ariadna.

¿Quién es ese hombre?

Es el Minotauro, el sacerdote supremo.



Un frío puñal pareció correr por mi espalda, mientras contemplaba aquel rostro enjuto, de labios finos y cuerpo magro. Un algo siniestro, un vaho de mal brotaba de aquel hombre, y hasta su nombre producía malestar: Minotauro.



De pronto se puso de pie. Estupefacto, lo ví colocarse una máscara de oro representando una cabeza de toro con largos cuernos. Su estatura era impresionante y las luces le daban un aspecto repulsivo y terrorífico. Un silencio opresivo descendió sobre nosotros.

¡Trae a los helenos, Tekapis!



Tekapis, un enorme bruto que hacía pensar en un toro con aspecto humano, trajo a Teseo y los suyos ante Minotauro, que los contempló detrás de su máscara brillante a la luz de las antorchas.

Sois la ofrenda al dios y tenéis derecho a compartir el festín. Beberéis y comeréis con nosotros, pues vais junto a él. Sentaos con los invitados.



Así lo hicieron todos menos uno, Teseo quedó solo en el centro del salón, erguido, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Soy hijo de reyes y no me sentaré como invitado de un sacerdote. Sólo puedo ser agasajado por un rey, pues tal es mi condición.



El silencio fue tan completo que pude oír el chirriar de la grasa ardiendo en los candelabros. El Minotauro pareció a punto de dar una orden, pero el Minos se le adelantó.

Teseo, hijo de Egeo de Atenas, honra mi mesa compartiendo mi pan y bebiendo mi vino. El dios sea contigo.



Se sentó junto a nosotros y pude ver que la máscara de oro del Minotauro se volvía hacia él, y un negro presentimiento corrió por mis venas.

Has enfurecido al Minotauro, amigo mío.



Soy un condenado a muerte. ¿Con qué me puede amenazar ese viejo de venas secas?

En ese momento Ariadna llegó junto a nosotros. Se veía joven y hermosa, azorada al ofrecer a Teseo la jofaina para limpiarse los dedos, como es la costumbre en los cretenses.

Teseo de Atenas, permíteme que cumpla mi deber con el huésped de mi padre.



Ven, Nippur. Estamos demás aquí. Conozco esa expresión de tonto en el rostro de Teseo y me hace sentir viejo y malhumorado.



Era noche cerrada cuando volvimos a nuestro alojamiento y en el cielo una gran luna amarilla corría entre las nubes.

La hija del Minos se ha enamorado de Teseo.

Sí. Esperemos que nos sirva de ayuda cuando llegue el momento de actuar.



¿Tienes algún plan?

No. Debemos esperar.



Encendimos una antorcha y ante nosotros se extendió una visión increíble. Más de cincuenta túneles se abrían en la roca, cada uno coronado por un cráneo humano.

Es el Laberinto. Todo el que entra se pierde sin remedio, pues sólo el Minotauro conoce el camino. Por lo que sé, más adelante los túneles se entrecruzan y sólo uno llega hasta el dios.



Lentamente se aproximaba el día del sacrificio, inexorable, como un gran toro al que no se podía esquivar ni detener. Una noche me deslicé dentro del Laberinto para conocerlo y acompañado por Ur-El.

¿Encendemos una antorcha?

Cuando estemos adentro.



No lo vimos llegar. Debió ver la luz desde afuera, y curioso penetró hasta la boca del Laberinto, donde nos sorprendió.

¡Alto! ¿Quién sois? Este es terreno sagrado. Me acompañaréis junto al Minotauro.



Nos internamos por unos gigantescos escalones tallados en la roca viva, mientras un sofocante olor a musgo y humedad brotaba, envolviéndonos. También sentí un extraño olor, dulzón y repugnante, que reconocí con un estremecimiento.

¿Sientes? Es olor a cadáveres.

Sí. Son los sacrificados el mes anterior.



Los dioses lo habían sentenciado al permitirle ver la luz, y el hilo de su vida estaba ya cortado.

¡Quieto! ¡No!



Quiso gritar, pero le hundí un puño en la boca y sentí sus dientes morder con furia. Pero Ur-El se abalanzó sobre él, y vi relampaguear su cuchillo.



Todo quedó sumido en la oscuridad al apagarse la antorcha. El guardia se retorció furiosamente entre mis rodillas. De pronto, sentí un ruido semejante al del cuero desgarrado, y su cuerpo saltó violentamente. Luego se aflojó y los dientes quedaron inertes.

Ya está.



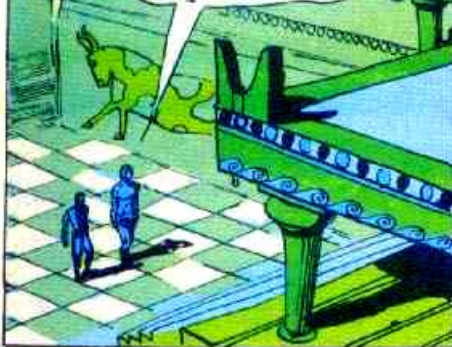
Arrojamos el cuerpo al mar. Todos creerían que había sido una riña vulgar entre la soldadesca y nadie se preocuparía mayormente.



Faltaban sólo dos días para el sacrificio cuando nos dirigimos a la fortaleza de Minos para tratar de averiguar algo o ver a Teseo.

¿Crees que lo tendrán encerrado en el templo aún?

Ur-El, mastodonte sin cerebro, sé tanto como tú de todo esto y me estás fastidiando.



El primer hombre que salió a nuestro encuentro en el palacio fue el Minotauro, escoltado por el brutal Tekapis.

El dios es contigo, Nippur. Me alegro de encontrarte aún en Creta. ¿Te ha agradado nuestra isla?



Sí, mi estada ha sido placentera.

En dos días será el sacrificio, ¿verdad?

Así es. Cuando el dios brote del mar.



Soy curioso, Minotauro de Creta, y debes disculpar mi impertinencia, ¿Cómo se desarrolla la ceremonia?

No es necesario disculparte. Te explicaré.



Penetraré en el Laberinto con las víctimas hasta llegar hasta el dios, acompañado solamente por la guardia del templo, y allí perpetraré el sacrificio.



Sus ojos relampaguearon con tal placer que me sentí enfermar.

Entonces Teseo dejará de ser huésped de reyes y pasará a ser huésped del dios por todos los tiempos por venir.



Se fue seguido del gigante y contemplé su alta silueta recortada contra el sol que penetraba por los portales.



¡Vieja víbora! ¡No tendrás ese placer! ¡Lo juro por Samás!



¡Nippur, hombre de Lagash! ¡Ven junto a mí que debo hablarte!

Tengo un mensaje para ti de Teseo. Sé que eres su amigo y lo ayudarás a huir.

¿Lo sabes?



¡Sí, y yo también lo ayudaré. Teseo quiere verte esta noche en el mismo lugar de la vez anterior.

Dile que allí estaré.



¡Nuevamente escalé los muros sagrados y me hallé junto al ventanuco.

¿Eres tú, Nippur?

¡Sí, soy yo.



Escúchame bien: ¿Sigues dispuesto a ayudarme?

¡Me insultas con esa pregunta, heleno!



Muy bien. Escúchame entonces. Entrega una espada a Ariadna. Ella acompañará al Minotauro hasta la entrada del Laberinto, pues es sacerdotisa y una vez llegado el momento, me la entregará. Así penetraré armado.



Ur-El y yo tendremos que entrar detrás de vosotros, pues el Minotauro irá acompañado de la guardia del templo. Creo serán treinta guerreros. Pero, ¿cómo haremos para hallar el camino de regreso?



Ariadna me entregará un ovillo de hilo y lo iré desenredando a medida que penetre. Por intermedio de él llegarás hasta nosotros y así podremos salir.



Vete ahora, Nippur, que ya el sol está cercano a salir, pero antes toma mi mano.

Los dioses nos sean propicios, hijo de Egeo.



La Luna Llena parecía un escudo de plata en el cielo, pero negras nubes pesadas y bajas llegaban del Norte, el boreas de las leyendas, viejo como el recuerdo de los dioses.

Viene una gran tormenta desde el mar, amo. Una tormenta terrible.



Cuando la comitiva del sacrificio comenzó su siniestra marcha, la lluvia comenzó a caer en catarata. Los rayos chisporroteaban por el cielo como antorchas enloquecidas, y los truenos hacían temblar la tierra.



El mar lanzaba olas inmensas contra los escollos, y el viento huracanado destrozaba los árboles de la costa. Escondido entre las rocas vi pasar la procesión entre el entrecuchar de lanzas y escudos. Un relámpago hizo centellear la máscara de oro del Minotauro.



A mi alrededor, mis hombres, empapados, envueltos en sus negros mantos, aguardaban mis órdenes y Ur-El, con el rostro cubierto por la visera de su caso de guerra, se apoyaba en su hacha de dos cabezas, sin cuidarse del agua que chorreaba por sus ropas.



Avanzamos hasta la boca del Laberinto. Allí vi una figura blanca temblando bajo la lluvia como una espiga azotada por el viento.

¡Ariadna!

¡Nippur! ¡Tengo miedo!  
¡Mucho miedo!





¿Dónde está el hilo para guiarnos?

Aquí lo tengo, en la mano.

A mi alrededor se desenvainaron las espadas y cayeron al suelo las capas empapadas. Las antorchas iluminaban con dificultad y las sombras corrían locamente por las paredes húmedas. El hilo delgado y resistente se perdía en la negrura de los túneles a medida que avanzábamos.

¡Adelante! ¡Todos detrás de mí!

El tufo a humedad era esfíxante. Las paredes estaban viscosas y cubiertas de moho. El eco de nuestros pasos retumbaban en resonancias que no parecían tener fin.



A trechos el túnel se angostaba o bien se ensanchaba como la bóveda de un templo. Se retorció, cruzándose con otros túneles, y por todas partes aparecían más, adelante, atrás, a los costados...

¡Si el hilo llega a cortarse, jamás saldremos de este maldito lugar!



Un ronco bramido pareció brotar de las entrañas de la tierra y gran cantidad de piedras rodaron por las paredes del túnel, espantando a mis hombres.

¡A mo! ¡A mo! ¡El dios se ha enfurecido con nosotros y quiere destruirnos! ¡Volvamos!



¡Sí, volvamos o moriremos todos!

Cree por un momento que echarían a correr en busca de la salida y quizá lo hubieran hecho de no intervenir Ur-EI.

¡Déjalos irse, Nippur! ¡De nada sirve la compañía de una docena de cobardes!



Un silencio de muerte cayó sobre el grupo. Se miraron unos a otros con expresión avergonzada. Entonces habló Kafilas.

Perdona nuestro temor, amo, y permíteme que te sigamos. Sabes que luchamos como leones bajo tu guía.



¿No tienes ya miedo?

Aún lo tengo, pero no pensaré en ello.



¡Entonces venid detrás de mí!



El hedor a cadáveres era cada vez más penetrante y los temblores de tierra se sucedían ensordeciéndonos. Aquel pasadizo de locura parecía no tener fin. De pronto divisé una vaga luminosidad que diluía la penetrante oscuridad.

Creo que estamos llegando.

Si, debe ser el reflejo de las antorchas.



Con lentitud nos encaminamos en esa dirección. Efectivamente, el túnel desembocaba en una enorme caverna cubierta a medias de agua de mar. Enclavadas en las paredes, docenas de antorchas crepitaban iluminando apenas el recinto. Sentí la mano de Ur-El que me oprimía el brazo.



¡Mira, Nippur! ¡El dios de Creta!

En el centro de la caverna había un enorme foso. Dentro de él pude divisar una masa informe y gigantesca que levantaba hacia los bordes infinidad de tentáculos repugnantes.



Muy cerca, los helenos se alineaban, cubiertos por sus largos mantos blancos ahora sucios de barro y mojados por la lluvia. Vi al Minotauro adelantarse con los brazos en alto.



¡Poseidón, devorador de la tierra y de los hombres! Recibe este sacrificio.

En ese momento un grito horrible hizo estremecer la caverna. Teseo había arrojado su capa, y empujando su espada que llevaba oculta, de un certero golpe había tendido a sus pies al guardia más cercano.



¡Ven tú a ofrendarme si eres capaz, viejo cuervo!

Los guardias del templo se abrieron en arco alrededor de Teseo, acorralándolo contra el foso donde se retorció y chapaleaba el dios. Pude ver cómo su mirada se alzaba hasta la boca del túnel, buscándonos. Entonces grité:



¡Estamos ya contigo, Teseo! ¡Fuera las espadas, guardias de gusanos!

El Minotauro gritó algo con voz semiahogada por la máscara de oro. Los guardias se volvieron hacia nosotros. Sus cascos les cubrían los ojos y veía el brillo de sus pupilas a través de las ranuras de bronce.



Chocamos con furia en el centro de la enorme caverna, escudo contra escudo, hachas y espadas chispeando a la miserable y grasienta luz de las antorchas.



¡Tekapis! ¡No te mezcles en la pelea! ¡Ve y extermina al heleno! ¡Entrégalo al dios!



Con pesadez de paquidermo, Tekapis avanzó sobre Teseo, con sus ojos torunos clavados en mi amigo.



¡No busques presa pequeña, buey del Minotauro! ¡Aquí tienes a Ur-EI, que quiebra hachas con las manos!



¡Apártate de mi camino, extranjero! ¡Debo cumplir las órdenes del Minotauro!



Apártate tú! ¡Hazlo por tu vida!



Fue como una rama seca al quebrarse. El cogote de toro de Tekapis quedó grotescamente torcido entre las manos poderosas de Ur-El.

Ya las órdenes del Minotauro te importan menos que el soplo del viento, Tekapis.



Me abrí paso a golpes de hacha hasta llegar junto a Teseo, y lo cubrí con mi escudo. En ese momento un temblor de tierra, más fuerte, sacudió la caverna.

¡Teseo, debemos salir pronto! ¡El dios está sacudiendo la tierra!



¡Debo hacer algo antes!



Cruzó como un leopardo entre los combatientes, en dirección a la alta silueta del Minotauro. Un guerrero le cerró el paso.

¡Por mi padre Poseidón! ¡Que él se apiade de ti!

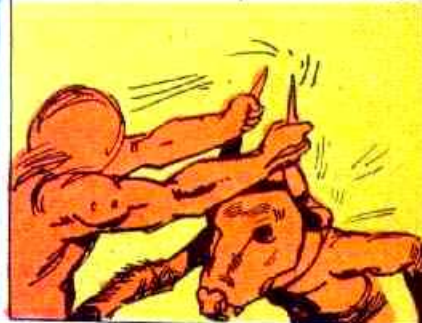


Se encontró frente a frente con el sumo sacerdote, espectral y extraño, mitad humano y mitad pesadilla. En una de sus manos centelleaba el puñal de los sacrificios.

¡No te atrevas a tocarme, Teseo de Atenas! ¡Soy sagrado a los ojos de los hombres!



Evitó el golpe con facilidad de guerrero experto y sujetó los largos cuernos de la máscara de la misma manera como los matarifes de la Hélade sujetaban los de sus toros para derribarlos.



Luego, una torción violentísima, el estallido de huesos que se quebraban y el grito ahogado dentro de la máscara de oro. El cuerpo del Minotauro cayó, flácido, sobre el piso húmedo y pedregoso de la caverna.



Los guardias miraron espantados la escena. Al mismo tiempo un trueno fragoroso pareció brotar de las entrañas de la tierra, y enormes trozos de roca cayeron de la bóveda.

¡Poseidón ha despertado! ¡Quiere destruirnos!

¡Huyamos!



Escaparon por los túneles sin imaginar que jamás saldrían de ellos. Vi cómo las paredes del foso se rajaban, mientras grandes rocas caían sobre el dios, que se revolvió locamente.

¡Rápido! ¡Debemos huir mientras haya tiempo!



Seguimos el ovillo nuevamente, hasta salir al aire libre. Ariadna se arrojó en brazos de Teseo, llorando emocionada. Detrás nuestro, el túnel del Laberinto se hundió en medio de infernales estruendos.

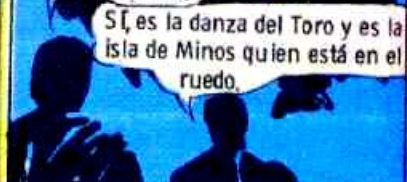
No llores. Todo ha resultado bien. Ven, debemos buscar un barco para huir.



Yo no podía apartar los ojos del cielo, donde los relámpagos eran una red de llamas blancas y azules. Los truenos retumbaban y el suelo temblaba como una víbora moribunda. Oía Ur-El murmurar por lo bajo:

Poseidón se ha abalanzado sobre Creta y la embiste con sus cuernos y pezuñas.

Si es la danza del Toro y es la isla de Minos quien está en el ruedo.



Cruzamos Knosos, entre chozas y palacios a los cuales el terremoto igualaba en escombros. Cruzamos entre llamas y gritos desgarradores. Poseidón seguía embistiendo.

¡Allí está el barco!



En la mar abierta, las olas eran feroces y violentas. Los titanes del mar lanzaban montañas de agua contra nuestra nave, pero ésta navegaba ágil, alejándose del horror y las aguas revueltas.



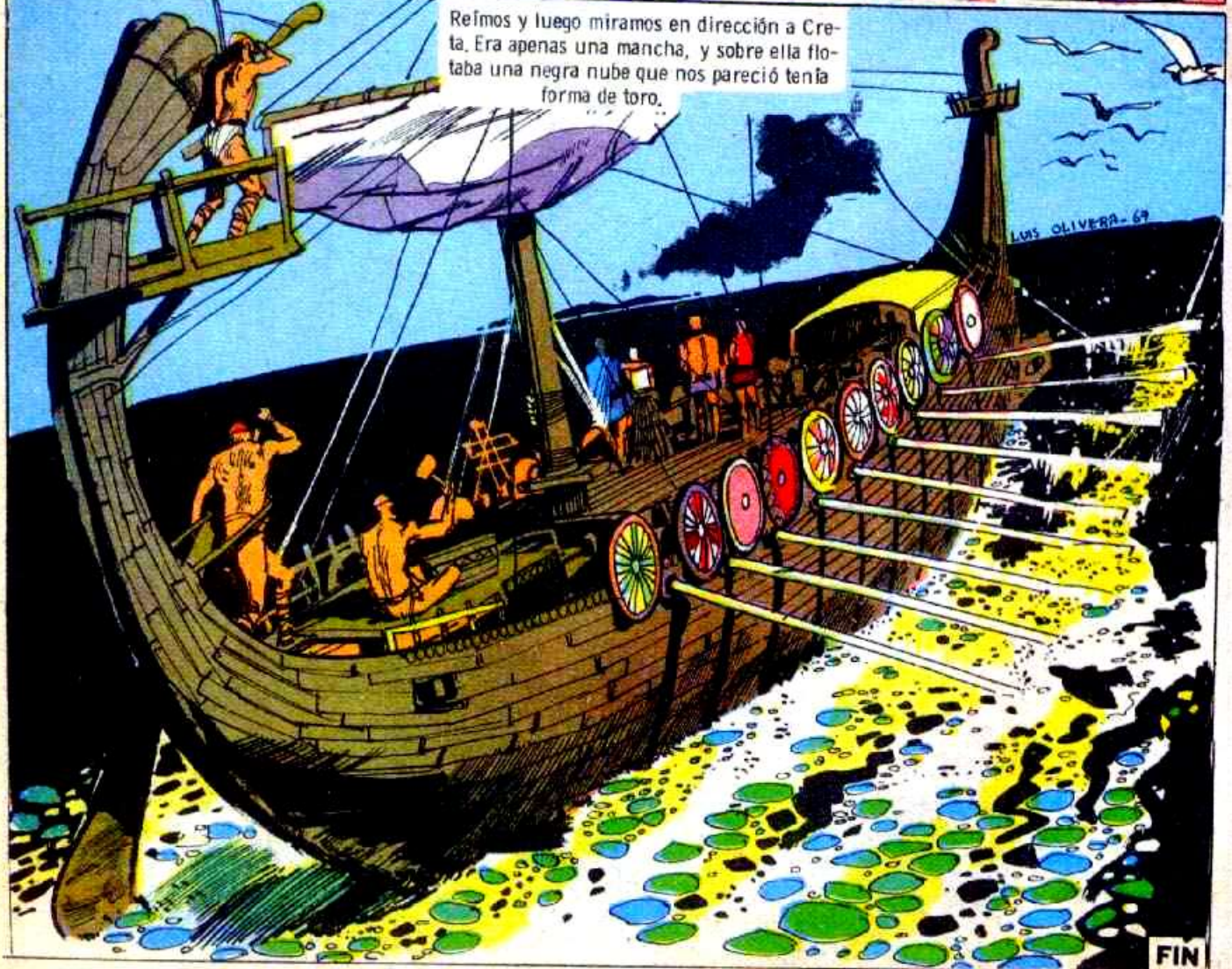
Por la mañana, el carro del sol se ciñó sobre la cintura del cielo como una hebilla de oro y el mar fue diamante de quietud.

Has sido generoso y arriesgado conmigo, Nippur. En mi palacio de Atenas siempre habrá para ti un fuego y un odre de vino. Y para ti también Ur-El.



Di mejor un barril, heleno mezquino.

Reímos y luego miramos en dirección a Creta. Era apenas una mancha, y sobre ella flotaba una negra nube que nos pareció tenía forma de toro.



# EL MIRLO VOLO PRIMERO

Por ROBIN WOOD

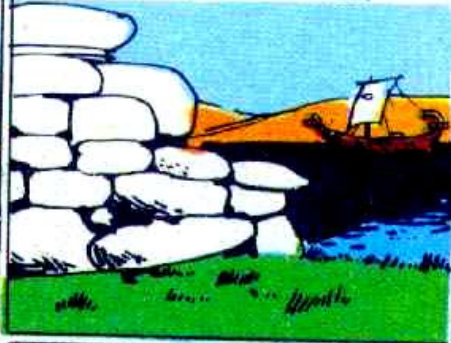
DIBUJOS DE L. OLIVERA

En la proa de mi barco, se oía el canto de Kafilas, un canto lento y grave que hablaba de su país antiguo de jirafas y florestas. Cuando callaba, alguno de los remeros tomaba el verso como una lanza en el aire y continuaba el sonsonete sombrío y nostálgico.

Ur-El extendía su gran cuerpo de luchador al dedo amarillo del sol haciéndome recordar a los perezosos leones de mi país de Elam.



Al flanco de nuestro barco corría la orilla escarpada y gris de la tierra de los helenos, agreste y vital, con viejos altares abandonados que en la época de los titanes se alzaron a los dioses.



Si no hubiera estado fastidiado por el monótono canto de los remeros, quizá no los hubiera visto.



Era un hombre de gallardo porte vistiendo arreos de batalla que erguido en la arena color de miel contemplaba a un nutrido grupo de guerreros que avanzaba sobre él.



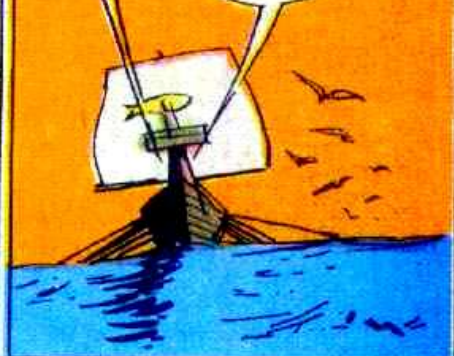
Soy hombre que rige su vida con la espada y no intervengo en una pelea leal, pero cuando muchos se reúnen en manada para acabar con uno solo, tengo un deber de guerrero que cumplir.

¡Kafilas, el barco a la orilla! ¡El barco a la orilla!



¿Qué ocurre?

Mira.



Los ojos veloces y agudos de Ur-El volaron sobre las aguas y cayeron sobre el grupo. Sonrió con su sonrisa de cazador.

Ya veo. Muchos chacales para un solo león.



Cerca de la orilla empuñé mi hacha de combate y salté al agua. No necesité mirar para saber que Ur-El y mis tripulantes me seguían.



La arena estaba seca y ardiente bajo mis pies mojados y los pequeños caracolillos se escurrieron, duros y muertos a cada paso. El sol de frente me cegaba.



Entonces el guerrero se dio vuelta y nos contempló. Su rostro estaba tan pálido como la espuma de las olas y su sonrisa, fría y distante, carecía de alegría y de vida. Sólo entonces vi la sangre que le manaba de la cintura.



Salve, forastero. Me alegro de ver un rostro desconocido en esta arena de infierno.



Te observé desde mi barco y viste como un guerrero. ¿Quiénes son esos hombres y por qué buscan tu vida?



Por odio...

¿A ti?

Sí. Son todos miembros de una pequeña ciudad tespia que tienen en la falda del Monte del Sol, aquel que ves allá...



Quise preguntarle más cosas, pero cayó de rodillas y un alarido de júbilo brotó del grupo que se acercaba con las armas desnudas.



Allí viene uno de ellos. Parece ser el jefe.

Era ágil y feroz y sus ojos relucían con placer de fiera. Miraba el cuerpo quebrado del guerrero caído con ansias. Era un hombre que anhelaba sangre.



¡Al fin te tengo!

Detente, desconocido. No sé quién eres pero no es justo que ataques a un guerrero herido.



¿Lo tomas bajo tu protección?

Si así lo quieres... sí.



Ten cuidado, navegante, pues somos tespios y nuestra fama como hombres de armas aquietó las aguas del mar durante las batallas.



Algo oí de los tespios pero era con referencia a ollas y a utensilios de mujeres.



El insulto fue brutal como un golpe y claro como una copa de vino arrojada en el rostro.

Me llamo Milemónides, extranjero y todos mis familiares, ésos que ves detrás mío, te pedirán una olla de sangre por cada palabra que has dicho.



Ur-Ei rió y aferró el escudo del tespio. . .

Y yo me llamo Ur-Ei, de las tierras de Elam y tengo para tus familiares ¡esto!

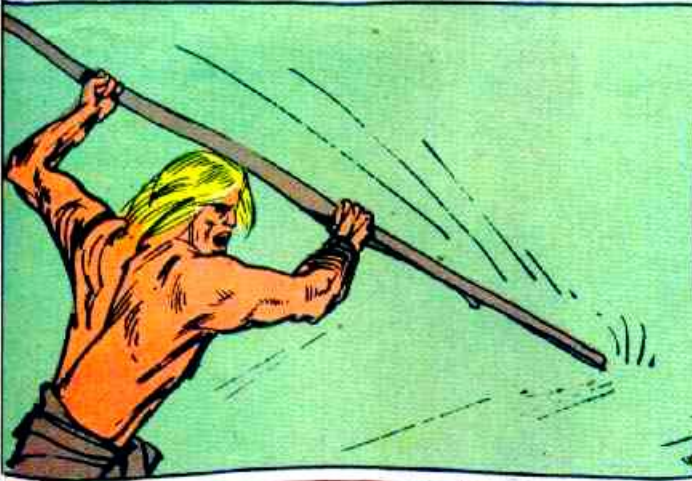


El tespio retrocedió asustado mientras contemplaba con ojos amarillos por el miedo las manos de gigante de mi amigo.



¡Dile a tus familiares que vengan, bravo tespio de rodillas flojas!

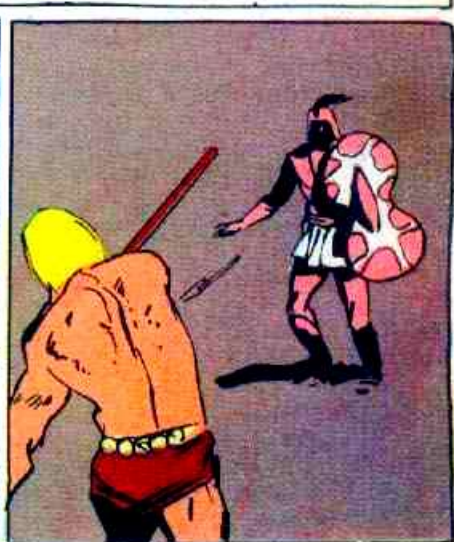
Vinieron de repente, sin un grito, sin una voz, corriendo sobre la arena ardiente. Milemónides se las había arreglado para no estar en primera fila.



Lo vi girar como un jabalí herido y su garrote retumbaba en cráneos y costillas como un timbal de remero.



¡No ensuciaré un arma con vosotros, valerosos tespios! ¡Un palo me basta!





¡Espérame, valeroso guerrero!



¿Le has hecho daño?

No. Sólo lo he herido en su vanidad.

¡Vete, Milemónides de Tespia, vete antes de que me arrepienta y te hunda las costillas de un puntapié!



Llevamos al guerrero herido a nuestro barco. Ahí, Kallias se ocupó de él. Luego...

Tengo que darte las gracias, navegante. Mi nombre es Hirantes y soy ateniense. Para tu tranquilidad te diré que no soy un criminal, sino un caballero de la corte de Teseo.



Es una buena noticia esa, pues entonces habrás oído hablar de mí. Soy Nippur, el hombre de Lagash y he bebido el vino de la amistad con tu rey. Por lo tanto, seré doblemente feliz de poder ayudarte.



Mi problema es grave, Nippur. Hace ya un año pasé por estas tierras para reunirme con mi señor, Teseo, para acompañarlo en su campaña contra los piratas de Skyron.



-Venía entonces con mi hija Alida, quien enfermó cerca de aquí. Angustiado pedí asilo para ella en la ciudad de los tespios, hasta que sanara. Dejé oro para pagar por lo que consumiera y continué viaje pues mi obligación como guerrero era estar presente cuando mi rey entrara en batalla.



-Cuando terminé la campaña volví herido a Atenas y allí esperé a mi hija, pero los meses pasaron y ella no apareció. Cuando curé tomé mi caballo y vine a buscarla. Así supe que Milemónides, hijo del jefe de la guarnición, quería a mi hija para esclava suya.



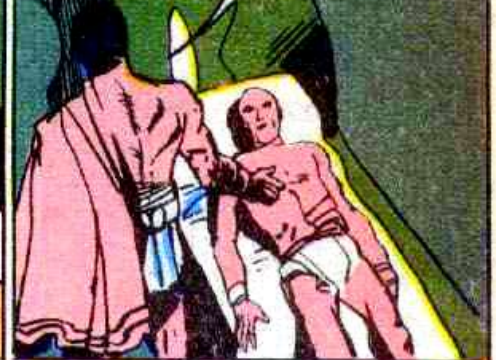
Protesté ante los jefes de la ciudad pero no me hicieron caso pues soy extranjero. Decidí pedir ayuda a mi señor Teseo, pero un grupo de guardianes dirigidos por Milemónides me atacó aquí cerca, hiriéndome y acorralándome.



¡Ese es mi drama o mi comedia, Nippur. Mi hija está tan solo a un kilómetro, pero una ciudad entera se opone entre nosotros.



¡Suficiente por hoy, Hirantes, cierra los ojos y descansa. Tus heridas aún laten y queman como cobre recalentado. El sueño es buen cicatrizante.



Hombre de Lagash...

¿Sí?



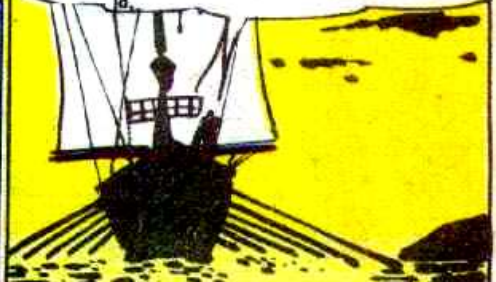
-Si puedes prescindir de uno de tus hombres, envíalo a Atenas con un mensaje para mi señor, Teseo. Necesitaré ayuda...

No te preocupes, Hirantes, descansa.



La noche quieta y salada nos cobija con su humedad misteriosa y un vago eco de voces extrañas de las profundidades marinas acariciaba mis oídos.

... y eso es todo, Ur-El. Hirantes quiere pedir la ayuda de Teseo para rescatar a su hija.



¿La ayuda de Teseo? ¿Para qué diablos la necesita? ¡Estamos nosotros!



Es arriesgado.

¿Arriesgado?



¡Oyeme bien, Nippur de Lagash! ¡Por seguirte en tus disparatadas correrías he tenido que luchar contra sumerios y egipcios, cretenses y helenos, piratas, mercenarios, negros, esclavos, dioses y demonios.



¡He sudado como un remero y corrido como un caballo! ¡Me han cortado, golpeado, sacudido, lanceado y reventado! ¿Y ahora me sales con esa ocurrencia de que es riesgoso?



¡Esta vez la decisión la tomaré yo! ¡Ayudaremos a Hirantes! ¡No hace falta llamar a Teseo!

Muy bien. Se hará lo que tú quieres.



Hmmm.





Dime, Nippur...



¿Sí?



¿Cómo consigues que yo crea que gano las discusiones y termine haciendo lo que tú quieres?



En la mañana siguiente, envuelto en mi manto y acompañado por Ur-El, me acerqué a la ciudad para tratar de trazar un plan de acción.



Por la fuerza simplemente, será imposible.

Tendremos que usar el ingenio.



-Exprime la uva y sacarás el vino. Exprime la arena y sacarás el oro. Pero a veces exprimirás tu mente hasta gruñir como un perro rabioso sin que nada brote.

¡No se me ocurre nada, Nippur! ¡En la ciudad deben estar alertas como palomas ante los gavilanes!



-Sí. Lo malo es que está de por medio el amor propio de la ciudad y su antipatía hacia los helenos. Deben considerar esto como un entretenimiento agradable. Algo mejor que cazar bandidos.



En ese momento apareció el campesino con su burro, agobiado bajo el peso de dos enormes canastas.

Los dioses sean con vosotros, señores.



¿No queréis comprar nada? Tengo frutas de toda clase y no son de mucho precio.

No.



Tenía un rostro huesudo y anhelante. Me dio pena y puse un par de piezas de plata en su mano trémula.

¡Gracias, señor! ¡Muchas gracias!



¡Mira esas canastas! ¡Hasta podría llevar una persona adentro!

Pobre animal...



La misma idea se encendió en nuestras mentes como una antorcha empapada en pez.

¡Las canastas!



¡Eh, espera!

¿Uh?



Ven. Creo que haremos negocio.



Tras corta discusión.

¿Estás satisfecho con esto?



¡Noble señor! ¡Hijo de los dioses! ¡Luz de las estrellas! ¡Eres generoso como un rey! ¡Que tu camino esté sembrado de...

Deja el cultivo en paz y vete. Podrás comprarte diez burros ahora, si quieres.



Muy bien, ahora debemos decidir quién irá.

Tú eres demasiado grande. Te reconocerán.



No me vengas con esas, Nippur, pues tú no eres nada pequeño.

Muy bien. Mira esos dos árboles. En cada uno de ellos hay un pájaro. Uno es un mirlo. Si el mirlo alza el vuelo primero iré yo, si no, irás tú.



¿Estás de acuerdo?

Estoy de acuerdo.



Muy bien...

¿Eh, qué haces?



Pero... ¡Eso no es lo pactado!

¿No? Nadie dijo que no se pudiera apurar a uno de los pájaros.



¡Eres más deshonesto que un sirio!

Puede ser... El mal amigo corrompe al bueno...



Amanecía el día siguiente cuando entré en la ciudad, entre los mercachifles y los vendedores de verduras. La túnica del campesino apestaba a ajos y corral y su sombrero astroso me cubría hasta los ojos.



Me detuve ante la casa del jefe de la guarnición y comencé a vocear mi mercancía, no sin antes haberme metido varios granos de maíz en la boca para disimular mi acento extranjero. Ahora debía esperar.



Las horas corrieron como caracoles viejos y sentí un creciente respeto hacia esos estólidos campesinos capaces de soportar horas y horas, sentados bajo el sol, sin alterarse. Yo por mi parte me sentía dolorido, achicharrado, infeliz.

¿Cuánto tiempo más tendré que... ?



¡Allí estaba! Era rubia como los helenos y respondía a la descripción de su padre. Iba con un cántaro a la fuente, custodiada por un soldado soñoliento y barrigudo.

(El momento será cuando vuelva.)



El soldado ni se inmutó cuando alcancé a la joven antes que entrara en la casa nuevamente. Era usual que los campesinos persiguieran a sus clientes.

¡Hermosa joven, mira mis verduras! ¡No verás nada igual en toda la Hélada!

No hago compras, buen hombre.



¡Soldado, mira tú, este hermoso zaallo! ¡Dile que me lo compre!

Bueno... en verdad, tiene hermoso aspecto.



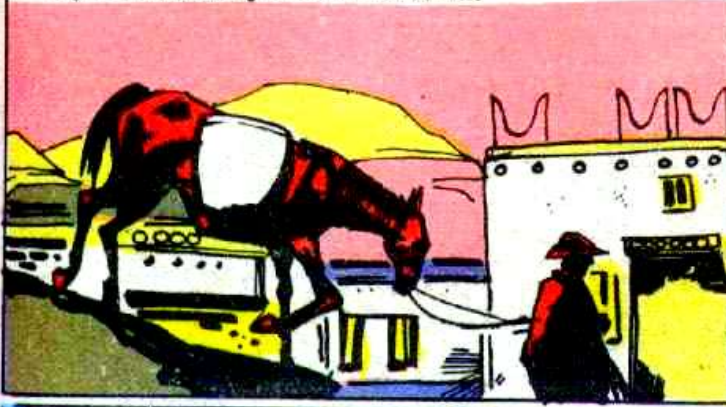
¡Rápido, Alida! ¡Me ha enviado tu padre, Hirantes, para llevarte con él!

¿Qué haremos?



¡Métete dentro de la cesta!

Escondí al soldado entre unos arbustos y por las dudas le di otro porrazo. Luego tomé el asno por el ronzal y con paso lento y cansino me dirigí a la salida del pueblo.



Nadie me detuvo y pude salir del recinto amurallado. Así llegué hasta las orillas del mar, cuando el quejumbroso sonido de un cuerno cortó el silencio.



¡Descubrieron tu fuga! ¡Ven, Alida, corramos!



La joven era ágil y sus pies volaban sobre la arena, como los de un ciervo, pero de pronto el estruendo de los cascos de caballos estremeció la tierra.

Surgieron a un costado nuestro cuatro jinetes a galope tendido. Al frente reconocí a Milemónides. Arrojé mi manto y desvainé las dos espadas que llevaba ocultas debajo del mismo.



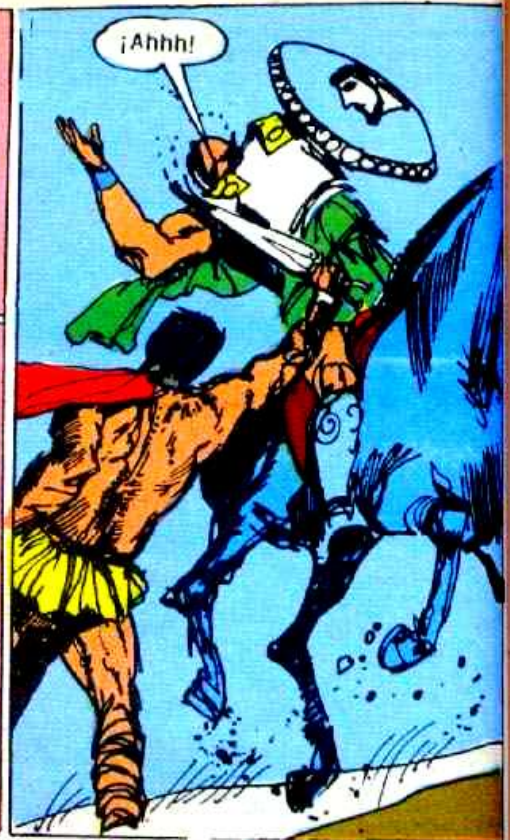
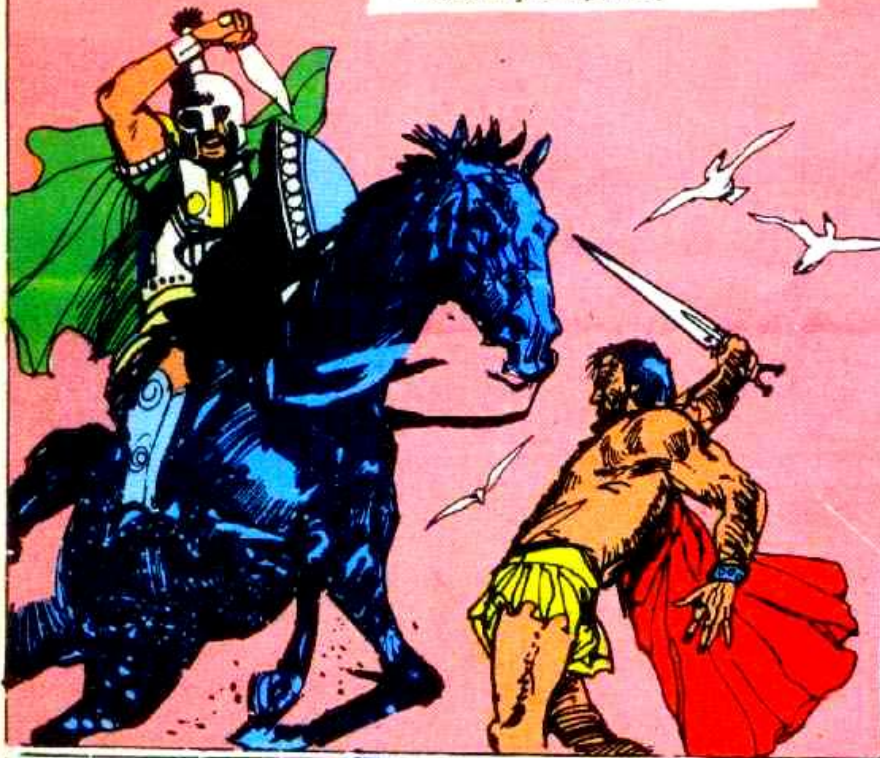
(Espero que Ur-El ande cerca.)

¿De manera que eras tú? Debí suponerlo.

¿Qué esperamos? ¡A él!



Vi el enorme garañón negro abalanzarse sobre mí y lo esquivé...



Me acorralaron contra el mar, caballos y bronce en apretado círculo.



Es tu fin, extranjero. Tuvis- te un golpe de suerte, pero...

Ur-El estaba cerca...



Era mi oportunidad...



¡Ahora tú!

